

The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

983
AG49ixM

983 Appleton

A649ixM

Insurrección en Magallanes

DATE

APR 8 '41

This BOOK may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Library Bureau

INSURRECCIÓN EN MAGALLANES

RELACIÓN

DEL

APRESAMIENTO Y ESCAPADA

DEL

Capitán Chas. H. BROWN

DEL PODER DE LOS PENADOS CHILENOS

TRADUCCIÓN Y ANOTACIONES DE

J. T. MEDINA



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA UNIVERSITARIA, ESTADO 63

1923

INSURRECCIÓN EN MAGALLANES

RELACIÓN

DEL

APRESAMIENTO Y ESCAPADA

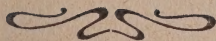
DEL

Capitán Chas. H. BROWN

DE PODER DE LOS PENADOS CHILENOS

TRADUCCIÓN Y ANOTACIONES DE

J. T. MEDINA



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA UNIVERSITARIA, ESTADO 63

1923

TIRADA DE 200 EJEMPLARES

983
A649ixM.

OF
NORTH CAROLINA

EL librito, que vertido del inglés al castellano, tiene el lector ante sus ojos, se intitula *Insurrection at Magellan. Narrative of the imprisonment and scape of Capt. Chas. H. Brown, from the chilian convicts*. Fué impreso en Boston, en 1854, en un pequeño volumen de 228 páginas, en 12.º Pero no está, propiamente, escrito por el hombre cuyas aventuras en él se refieren, sino por Mr. E. H. Appleton, que para ello se valió de los apuntes que le suministró y de las cartas que en ocasiones hubo de cambiar con el capitán Brown, sin haber logrado en ningún momento ponerse al habla con él.

En este caso, no nos interesa la figura del redactor, más o menos diestro en el manejo

476153

de la pluma, sino, bien se comprende, la del propio capitán Brown, el héroe del relato. Desgraciadamente, los datos que poseemos respecto a su persona son tan escasos, que apenas si podemos decir que por los días en que le vamos a ver en escena, al decir de uno de los actores del drama de Magallanes, que le habló y trató, era ya «algo anciano». De una conversación que tuvo a bordo de su nave con Cambiaso, resulta también que era casado y padre de varios hijos. De declaraciones suyas aparece que era originario de Nueva Orleans y que en época anterior a los sucesos en que figuró como actor prominente había tenido a su cargo el bergantín *Florida* en repetidos viajes que hizo, transportando carga y pasajeros, desde Panamá a San Francisco de California, y viceversa, para lo cual estaba su nave convenientemente equipada. Hallábase en Valparaíso en fines de Octubre de 1851, habiéndole tocado presenciar allí el motín del 28 de aquel mes y año, y se preparaba para dirigirse con su buque, —a cuyo bordo se hallaba también uno de sus propietarios, Mr. Benjamín G. Shaw, que tan triste fin

había de tener, según se verá,—a Río Janeiro, pasando por el Estrecho de Magallanes, a fin de tomar de allí carga para Estados Unidos. En esas circunstancias el Gobierno de Chile le ofreció pagarle a precio de oro, según la frase de Vicuña Mackenna, el que se encargara de transportar en su nave a la colonia de Punta Arenas un cargamento, que tal es la expresión adecuada que hay que emplear en este caso, de presos políticos y reos rematados, que debían ser deportados o cumplir allí sus condenas. El hombre, o, mejor dicho, tanto él como el copropietario de la nave, cayeron en la tentación de aprovecharse del alto precio ofrecido por sus servicios, que en nada les obligaba a desviarse del rumbo que debían seguir. Las cosas no pasaron, ni con mucho, tan sencillamente como se lo imaginaron, pues habiendo partido de Valparaíso en la noche del 3 de Noviembre, al llegar al lugar de su destino en el Estrecho, Cambiaso, triunfante en su revuelta de la noche del 17 de ese mes, tuvo medio de apoderarse de la nave y de su capitán y propietario, junto con cuantos iban a su bordo. Mr.

Shaw estuvo siempre doliente de una fiebre que atrapara en Panamá, fué fusilado por Cambiaso de la manera más inhumana, y el capitán Brown, que por momentos se vió en espera de la misma suerte, debió su salvación a que Cambiaso lo reservaba para que fuera quien guiara la nave en la escapada a países extranjeros que meditaba.

Entrar en más detalles sobre lo que le ocurrió mientras estuvo en poder de aquella fiera humana, sería invadir el campo que es materia de las páginas siguientes, debiendo, así, limitarnos a decir que después del regreso de la *Florida* a Valparaíso, Brown se ocupó en gestiones cerca de nuestro Gobierno para que se le hicieran buenas las reclamaciones que formulara tocantes al salvamento del dinero que había rescatado de poder de los revoltosos, o, en último término, para que se le abonara el costo de las reparaciones que su nave necesitaba para hallarse de nuevo en estado de navegar, o, aunque más no fuese, el importe del transporte de los presos desde Punta Arenas a Valparaíso, sin que nada lograra. Ante esta situación y viéndose obligado al manteni-

miento y pago de sueldos de su tripulación, tuvo que vender malamente la *Florida* en Valparaíso. Y nada más sabemos de él, a no ser que logró regresar a su patria y al seno de su familia, ocupando allí sus ocios en coordinar los apuntes de las aventuras que había corrido en Chile, para poner de relieve, según la frase de que se vale, «que algunas veces se sufre cuando se va por allá en un buque por el mar».

Esos apuntes de nuestro capitán son de valor inestimable para esclarecer muchos de los hechos ligados con el drama de Magallanes, que nuestro genial historiador Vicuña Mackenna no conoció y que le habrían servido enormemente para dar aún mayor interés, si cabe, a las hermosas páginas que escribió para relatarlo. Tan ignorados en verdad, añadiremos aún, que hasta ni siquiera eran conocidos en nuestros documentos y relaciones históricas los nombres de Mr. Shaw y del capitán Brown.

Sublevación en Magallanes

CAPÍTULO PRIMERO

Valparaíso.—La goleta *Florida*.—Fletada por el Gobierno de Chile.—Embarque de reos para la colonia penal.—El capitán Avalos y soldados enviados para guardarlos.—Arreglos en el buque.—Enfermedad de Mr. Shaw.—Los reos intentan sublevarse.—Rápida actuación del capitán Avalos.—De nuevo todo tranquilo.—Arribo al Estrecho de Magallanes.—Los williways.—Fondeamos en Punta Arenas.

EN los últimos días de Octubre de 1851 me hallaba en el puerto de Valparaíso, Chile, al mando de la goleta *Florida*, de Nueva Orleans, de unas doscientas toneladas de porte. Las órdenes que tenía de

mis navieros eran las de conducir la *Florida* pasando por el Estrecho de Magallanes, a Río Janeiro, donde debía tomar carga para Estados Unidos; y mi primera diligencia fué la de obtener los oficiales y tripulación. Uno de los navieros se hallaba entonces en Valparaíso y debía acompañarme en el viaje.

A un hombre de mar como yo, semejante viaje no ofrecía nada de particular, cuya realización miraba con cierto interés, pero sin zozobra, ante la perspectiva de numerosos días de fatiga en la lucha con los vientos y las olas, de las molestias de los despachos de aduana, y de los peligros y trabajos de una pesada navegación al través de los Estrechos. ¡Hubiera yo sospechado los peligros y sufrimientos que se me aguardaban, con cuán diferentes sentimientos dejara yo la hermosa ciudad donde tan bondadosa y hospitalariamente se me había acogido, y confiádome a los traidores elementos y a hombres harto más traidores que ellos! Empero, afortunadamente, la Providencia nos permite conocer sólo el presente y nos deja el consuelo de la espe-

ranza para lo futuro, sin presentimiento alguno del daño que está por venir.

La goleta *Florida* era una nave larga, baja, angosta y muy velera. Anteriormente había sido empleada en navegar de Panamá a San Francisco, llevando y trayendo pasajeros de un punto a otro, hallándose bien dispuesta a ese intento, con una amplia cámara, que se extendía hasta el palo mayor, y con catorce camarotes bien acondicionados. Estaba también provista de cuatro cañones de bronce, de cuatro libras, y un pedrero de hierro montado a proa. Sus propietarios eran el capitán John Lovett, de Beverly, Mass., y su cuñado Mr. Benjamín G. Shaw, siendo éste su principal dueño. A bordo se hallaban el mismo Mr. Shaw y un pasajero de cámara, Mr. Ramón Buela, radicado en Nueva Orleans.

Encontrándose el buque por esos días sin tener carga, se nos pidió por el Gobierno de Chile que condujéramos ciertos reos de estado, acusados de delitos políticos, a la colonia penal establecida por él en Punta Arenas, en el Estrecho de Magallanes. Acontecía esto en tiempo que los chilenos

desafectos al Gobierno de Santiago se habían levantado, al mando del General Cruz, y apoderándose de la provincia de Concepción; y los reos políticos a quienes debíamos llevar a Punta Arenas eran algunos de los comprometidos en esa revuelta.

Después de pensarlo, Mr. Shaw resolvió aceptar la propuesta del Gobierno y fletarle la *Florida* para el transporte de los presos a Punta Arenas, donde debíamos dejarlos, para continuar en seguida nuestro viaje. Las autoridades se comprometieron a enviar, junto con los presos, suficiente número de soldados para protegernos en cualquiera revuelta que pudiera producirse a bordo durante el viaje; y en esa conformidad, el capitán Pedro Avalos, con un cabo y doce soldados fueron señalados al intento.

En la mañana del 30 de Octubre tomé el mando de la goleta, con ánimo de tenerla en punto para hacerse al mar esa misma noche, en que debían ser embarcados los reos. Con trabajar fuerte de mi parte y animar no menos a mi gente, todo estaba listo a tiempo, y a eso de las once comenzaron a llegar a bordo los presos.

De semblante duro, de continente desesperado, muchos de esos hombres, con su andar encorvado, semejaban criminales endurecidos. Algunos había entre ellos desafiadores de cualquiera ley, cuyas manos se emplearon contra todo el mundo, y en cuyos corazones los afectos yacían olvidados; de tal modo, que al percatarme de su aspecto, que resultaba, quizás, para mí más repulsivo a causa de la oscuridad,—semblantes de extrañas razas, que mi primera educación y los prejuicios me habían enseñado a asociar con hombres sin Dios ni ley,—pude persuadirme de que no era fácil la tarea que se me esperaba. Había, sin embargo, entre ellos, algunos de buena posición social, que por haberse mezclado en una de esas contiendas políticas que con tanta frecuencia sacuden a las repúblicas de la América del Sur, se veían ahora condenados a un largo destierro en las costas salvajes de Patagonia, en unión de criminales de la peor especie; algunos sentenciados por tiempo de tres años, y otros a prisión perpetua.

Al anochecer del domingo, 3 de Noviem-

bre¹, recibí aviso del comodoro R. Simpson, intendente de Valparaíso, por conducto del capitán del puerto, que ya todos los presos se hallaban a bordo, a la vez que me ordenaba me hiciera luego a la vela, sin comunicarme más con tierra. Sin duda que el Intendente temía se escapasen algunos de los presos, o quizás que pudiesen comunicarse con sus partidarios políticos.

Hallándose la noche en calma, y habiendo cesado ya la brisa del mar, sin muestra alguna de que se levantase la de tierra, pedí al capitán del puerto, de quien dependía todo movimiento de naves en la bahía, que me proporcionara el auxilio de dos botes del buque de guerra chileno que por entonces estaba anclado allí, para que remolcasen la *Florida* afuera de la bahía. Se me enviaron en efecto y nos ayudaron hasta la media noche, en que se levantó una brisa de tierra y pudieron volver al puerto.

Había tomado todo género de precauciones para asegurar el orden a bordo durante

1. Vicuña Mackenna señala como fecha de partida de la nave el 2 de ese mes, fecha que debe postergarse en un día, en vista de este dato del capitán que la mandaba.

la navegación, montando dos de los cuatro cañones en la cubierta de popa, apuntados hacia proa, para barrerla en caso necesario, teniéndolos siempre cargados. Los presos, en número como de ochenta², fueron alojados en la bodega, y sólo se les permitía subir sobre cubierta en busca de aire y fresco, y eso, en pequeños grupos. Un centinela permanecía apostado en la escotilla, y la cubierta estaba resguardada por siete soldados y la mitad de mi tripulación. Esta constaba de ocho hombres, situados más adelante del palo de mesana, parte de ellos norteamericanos, y parte extranjeros, pri-

2. Los documentos de que disponemos callan acerca del número exacto de los presos que fueron embarcados. Vicuña Mackenna habla de que fué de «no menos de sesenta y seis». Entre ellos se contaban, en el primer momento, los diputados Marcial González, Juan Bello y Urízar Garfías, que a última hora consiguieron que se les dejara a bordo de un pontón en Valparaíso, con fianza de seis mil pesos, de que se ausentarían del país y no volverían a él sin previa licencia del Gobierno. Carta citada por Vicuña Mackenna.

Los demás presos políticos procedían en su mayor parte del motín que estalló en Valparaíso el 28 de Octubre de 1851, y eran, en realidad, gente de poco más o menos. Entre ellos contábanse en verdad como de los de cierta figuración los sargentos de la jornada del 20 de Abril en Santiago, sobre todo por la que después les cupo en Punta Arenas.

mero y segundo piloto, el cocinero y el muchacho de cámara. Mr. Shaw, el capitán Avalos, Mr. Buela, el primero y segundo piloto y yo, nos dividíamos la cámara.

El viento continuó suave hasta la tarde del lunes 4, en que saltó una brisa fresca del sudeste, derechamente por la proa: viento de proa y mar gruesa que perduró en toda la primera parte de nuestro viaje. Nuestra pequeña nave era muy velera, pero con tales obstáculos en nuestro camino, avanzamos poco, y mis pasajeros comenzaron a experimentar los desagradados de un viaje marítimo. Por lo que me tocaba, mi responsabilidad era muy pesada y los estorbos bastante numerosos para cargar sólo sobre mí durante mucho tiempo, ya que mis oficiales o no eran muy eficientes o en absoluto inadecuados para confiar en ellos.

Mi ansiedad y responsabilidades se acrecieron después de algunos días por la enfermedad de Mr. Shaw, que fué atacado de una recaída de la fiebre panameña. Mis relaciones con Mr. Shaw eran algo más que las que median entre un naviero y el capitán de la nave. Habíamos estado muy liga-

dos, encontrando de mi parte siempre en él, consejo y simpatía en cualquiera circunstancia y amplia consideración en todo asunto de negocios. Eramos americanos, del mismo Estado, ambos nos hallábamos lejos de nuestras familias y amigos, y, además, ligados por motivos comunes de intereses: tópicos que acrecen en importancia cuando los hombres se hallan lejos de sus hogares. Su enfermedad, en la que tan poco era posible hacer para su alivio, fué causa de considerable ansiedad para mí, privándome casi por completo de todo trato social, pues el capitán Avalos hablaba muy poco inglés.

Llevábamos como una quincena de viaje, cuando hallándonos el capitán Avalos y yo sentados en la cámara, nos sobresaltamos por las palabras del centinela de la escotilla de haberle comunicado uno de los presos que entre ellos se trataba de alzarse y apoderarse de la nave.

Subí sobre cubierta y llamé a todos, a la vez que el capitán Avalos ordenó que le acudiesen los soldados que no se hallaban de guardia. Los soldados estaban todos armados y el capitán se mostró al punto

como buen militar de acción en toda emergencia; porque su primera orden fué de que en caso de cualquier alteración entre los presos, al primero de ellos que se asomase debía disparársele. Aguardamos con cierta ansiedad, pero todo continuó tranquilo; entonces, después de disponer que los soldados y tripulantes permaneciesen en sus puestos de guardia, el capitán Avalos y yo nos acercamos a la escotilla para averiguar la causa de la alarma. Parece que la propuesta de alzarse con el buque fué hecha por uno de los presos—uno de los confinados por delitos políticos. Su plan consistiría, probablemente, en encallar la nave en tierra y unirse al General Cruz y a los revolucionarios de la provincia de Concepción; pero pocos se allanaron a plegársele, y uno de ellos tuvo oportunidad de comunicar el plan al centinela de la escotilla.

No experimentamos tropiezos posteriores, y hube de regocijarme de que este pequeño incidente me permitiera darme confianza en la rapidez y coraje de mi propia tripulación y en la presencia de ánimo y aptitudes de soldado que descubrí en el capitán Avalos.

En la mañana del 24 de Noviembre, el tiempo empeoró, acompañado de una neblina espesa, lo que hizo muy dificultosa la marcha. Voltejee hasta eso de las once de la mañana, y entonces, creyéndome cerca de la entrada occidental del Estrecho, bajé la vela del mastelero mayor, esperando que aclarase el tiempo y me permitiese divisar tierra. A las doce salió el sol, brillante y esplendoroso, hallándome a diez millas de la embocadura, y dejando el cabo Pilar al Este de nosotros. Mr. Shaw y yo nos felicitamos recíprocamente de hallarnos ya tan próximos al término de la parte desagradable de nuestro viaje, porque había algo que nos repugnaba ante la idea de servir de carceleros, como era en realidad, a hombres con algunos de los cuales simpatizábamos; porque la libertad de nuestras instituciones políticas hace repulsiva para un norteamericano el encarcelamiento por cuestiones de partido; y, en verdad, ningún hombre libre gusta de servir de carcelero a otro, cualesquiera que sean sus culpas.

No nos hallábamos, sin embargo, tan cerca del término de nuestra jornada, como

nos imaginábamos, pues el tiempo continuó siéndonos muy desfavorable. Puse la nave fuera del viento, proponiéndome anclar esa tarde en la bahía de Mercy, pero con motivo del pésimo tiempo reinante, no logré entrar a ella, y me pasé de la embocadura, que es tan angosta, que fácilmente se yerra. Vime así obligado a dar bordos toda la noche, y como el viento era fresco y el tiempo malo, aferré las velas y cogí los rizos a las gavias.

Al aclarar en la mañana del 25, izé todo el velamen, habiendo tenido durante el día entero una hermosa y agradable brisa del Oeste. En la tarde, no siendo posible entrar a alguna bahía, aferré velas durante la noche, a corta distancia del cabo Froward, elevada prominencia dentro del Estrecho. Había aprendido a desconfiar de estas tierras altas, como que de ellas, y fuera de los valles, saltan vientos frescos, alternados con calmas, que los indios llaman «williways», soplando a veces con tal fuerza, que quiebran los mástiles de las naves. Estos tales «williways» no se hacen anunciar cuando el buque se halla cerca de la costa, y requieren constante vigilancia.

La mañana del 26 se presentó con una ligera brisa del Oeste, a cuyo favor corrí a lo largo de la costa hasta medio día, en que el viento saltó repentinamente en dirección al norte, y sopló tan fresco y fuerte, que a las tres P. M. se rompió la vela de mesana y tuvimos que bajarla. A las seis de la tarde logramos por fin echar el ancla en Punta Arenas, dando aviso de nuestro arribo con un saludo de dos cañonazos, que nos fué contestado de tierra.

CAPÍTULO II

Colonia de Punta Arenas.—El gobernador Benjamín Muñoz Gamero.—Insurrección de Cambiaso.—Fingido mensaje del Gobernador.—Desembarco del capitán Avalos.—Escapada del gobernador Gamero.—Envío a tierra de un bote.—Regreso de éste.—Captura de la *Florida*.—Mr. Shaw y yo somos apresados.—Llevados a tierra.—Nuestra prisión en los cuarteles.—Privaciones.—Mr. Shaw es trasladado.

LA colonia de Punta Arenas se halla situada en el Estrecho de Magallanes, del lado de la Patagonia, en un terreno plano que desciende suavemente hacia el mar por el sudeste. La fundación se hizo primeramente en Port Famine, a corta distancia de la colonia actual, por el lado del sud-oeste; ubicación que resultó muy expuesta al frío, a causa de que las construcciones se levantaron en un cerro un tanto más elevado que el terreno adyacente y expuesto al soplo de los vientos llamados «williways». El cambio

se hizo bajo la dirección de don Benjamín Muñoz Gamero, gobernador de la colonia, y el nuevo sitio fué elegido con gran discernimiento³. El terreno resultó muy fértil, siendo apropiado para toda clase de siembras, que los cortos veranos de esa latitud permitían llegar a la madurez; y el gobernador había despejado gran porción de tierras en rededor de los cuarteles, y plantado muchos jardines, que eran cultivados por los presos. Corría una calle al frente de los cuarteles, en dirección al mar, y en el declive de la playa había algunas muy buenas casas, que estaban fabricadas de tablas aserradas por los penados. Usaban sierras de mano y de ordinario aserraban doce o catorce tablas por día.

Mirando hacia tierra desde a bordo, a tiempo que el sol se ponía, en la tarde del 26, todo se veía en calma, con la quietud del verano que entraba, y los cuarteles mostraban la limpieza propia de todo edificio militar. ¡Cuán poco sospeché la violencia y motín que por allí andaban!

3. Este dato es inexacto, pues fué el coronel don José Santos Mardones quien verificó la traslación, en Febrero de 1849.

Como cinco días antes⁴ había ocurrido una revuelta en la colonia, encabezada por un tal Cambiaso, teniente segundo de las tropas ahí destacadas; quien, según lo supe después, había cometido una falta y sido encarcelado poco tiempo antes por orden del Gobernador. Al ser puesto en libertad, declaró que se vengaría, y tengo mis razones para creer que había sido instigado para apoderarse de la plaza por algunos de los reos políticos allí desterrados por secuaces del General Cruz, que aún mantenían comunicación con los revolucionarios de la provincia de Concepción. A Cambiaso se habían plegado muchos de los penados y reos políticos. El ataque a la guarnición resultó eficaz, pero el Gobernador, el capellán, algunos soldados y la mujer de uno de éstos se habían escapado lejos del pueblo y permanecían ocultos en los bosques vecinos. Cuando fondeamos, Cambiaso se hallaba en posesión del fuerte, cosa que, por supuesto, yo ignoraba.

Temprano en la tarde, en realidad cuando

4. Para precisar el hecho, cabe decir que tuvo lugar en la noche del 17 de Noviembre.

ya oscurecía, un bote se desprendió de tierra, tripulado por cinco hombres, y se acercó al costado de la *Florida*, siendo portador de una carta, que se decía firmada por Muñoz Gamero, pidiéndome que mantuviese a bordo los presos hasta el día siguiente, en que recibiría de tierra el auxilio necesario para desembarcarlos. Mostré la carta al capitán Avalos, quien, cansado de su estada a bordo, resolvió bajar a tierra en la noche, llevando consigo en el bote unos doce de los reos y dejando los demás y la tropa a mi cuidado.

A eso de la media noche, me despertó un tiro de cañón disparado en tierra, y salté sobre cubierta, pero todo estaba tranquilo a bordo. Pocos minutos más tarde, sin embargo, el centinela dió la alarma de que un bote se hallaba cerca de nosotros y que demandaba socorro. El viento soplaba tan recio, que era imposible oír lo que decían los del bote, pues las voces se las llevaba el aire, si bien supuse que los reos que habían sido desembarcados la noche anterior, y sobre cuya seguridad tenía mis dudas, se habían escapado de manos del capitán Ava-

los y probablemente se habrían apoderado de algún bote y trataban de llegar a bordo, donde, con el auxilio de los demás presos, podrían apoderarse del barco y escaparse. En el acto ordené que se disparara un tiro de cañón en respuesta al que había sonado en tierra, en señal de que estábamos en guardia, a la vez que hice arriar uno de los botes y lo despaché, tripulado por cinco hombres, armados de cuchillos, con orden de que se apoderaran del que venía de tierra.

Después de haber andado durante una hora, regresaron diciendo que no les había sido posible encontrarlo. Poco después, el ruido de las descargas en tierra cesó. En el bote se hallaban el Gobernador, el capellán, algunos soldados y una mujer, que habían huído de los cuarteles, y apoderándose de un bote, se hacían al mar en la esperanza de hablarme e imponerme de la revuelta ocurrida en tierra. No disponiendo sino de un solo remo y con el viento fuerte que soplaba, no pudieron llegar hasta el buque, pero, arrastrados por el viento, cruzaron el Estrecho y procuraron tomar tierra del lado de Tierra del Fuego.

Tan luego como el capitán Avalos llegó a los cuarteles, fué apresado, le arrebataron los papeles que llevaba y los presos que conducía fueron puestos en libertad; a la vez que a él le remacharon un par de grillos y le metieron en un calabozo, como se llama el sitio en que son detenidos los soldados. Durante la noche, pudo oír a los presos que había llevado consigo entregarse a una borrachera desenfrenada. Refirióme más tarde que nunca obtuvo respuesta acerca del motivo porque fué preso, pero que logró formarse algún concepto de lo que ocurría al oír las conversaciones de los reos ebrios. Tarde de la noche, abrieron la puerta de su calabozo y echaron dentro cinco individuos, también con grillos dobles. Ellos fueron el secretario del Gobernador, brasilero de origen, el capitán y primer teniente de la colonia, el boticario y el sirviente del Gobernador.

La escapada del gobernador Gamiero había sido descubierta por Cambiaso, y esos hombres eran metidos en el calabozo con el capitán Avalos, resguardados por 18 soldados, apostados del lado de afuera, que

tenían antorchas en las manos, con órdenes de prender fuego al edificio por los cuatro costados y quemar vivos a los presos en caso que la *Florida* se huyese durante la noche. Pero vino la mañana, y la *Florida*, por fortuna para ellos, si no para nosotros, aún permanecía en su fondeadero. Sería ir demasiado lejos en la averiguación de la humana debilidad, el preguntarse si los presos dejaron de sentirse contentos ante nuestra fatal seguridad. El capitán Avalos y Mr. Dunn (el secretario) me contaron después que durante la noche sus guardias se entretenían discurriendo el por qué Cambiaso no ordenaba fusilarlos desde luego, o quemarlos, sin esperar el resultado de la fuga del Gobernador. Pero Cambiaso no era villano tan atrevido, que no recordase en todo momento la posibilidad de que el fuerte fuese vuelto a tomar.

Temprano en la mañana del 27, envié mi bote a tierra, con el primer piloto, Mr. Buela, el pasajero, que entendía el español, tres marineros y un soldado, con encargo de traer al capitán Avalos y obtener del Gobernador las órdenes necesarias para el

desembarco del resto de los presos. También éstos fueron apresados al punto que llegaron al cuartel, y encerrados en un cuarto pequeño, de unos seis pies en cuadro.

Las descargas y los incidentes ocurridos durante la noche habían despertado en mi ánimo cierta inquietud, en la expectativa de que las cosas no anduviesen bien en tierra; y en la mañana temprano me fuí al camarote de Mr. Shaw para consultarle lo que podía hacerse. Se encontraba en esos momentos bastante mal y sumamente deseoso de bajar a tierra, donde imaginaba hallar alguna asistencia médica; en tanto que, por mi parte, esperaba desembarcar todos los presos durante el día y verme así en situación de seguir en la tarde nuestro viaje a Río Janeiro.

Así, llenos de ansiedad, esperábamos el regreso del bote, y a eso de las nueve de la mañana, llegó al costado de la *Florida*, pero, con gran sorpresa mía, tripulado por seis o siete hombres vestidos de oficiales, que me pasaron una carta, que decían ser del Gobernador, por la que me anunciaba que mi gente se había emborrachado y se

hallaba imposibilitada de conducir el bote hasta la nave. En la carta se me pedía también que diese comienzo al desembarco de los presos. Todo esto me pareció muy extraño. Jamás había visto en mis tripulantes afición a la bebida, y aún en el caso de que los marineros no hubiesen logrado regresar a bordo en el bote, el primer piloto y el capitán Avalos hubieran podido venir en él. Me fuí entonces al camarote, y mostrando la carta a Mr. Shaw, le dije: «¿podemos confiar en esto, cuando algo huele mal? Mis hombres no están ebrios, y si lo estuvieran, ¿dónde se hallan Mr. P...n y el capitán Avalos?» Mientras hablaba así, se sintió ruido sobre cubierta, la puerta del camarote fué abierta con violencia y cuatro de los oficiales se lanzaron al interior, dos de ellos con los sables desenvainados. Mr. Shaw, que se hallaba sentado, fué tomado en el acto. Uno de los oficiales me golpeó con la espada, pero le cogió el brazo uno de los presos, que se interpuso entre nosotros. En unos cuantos minutos fuí apresado, a despecho de mi resistencia, diciéndonos que nos hallábamos presos. Pregunté por quién

y por qué autoridad se nos apresaba, sin obtener respuesta. Fuimos llevados sobre cubierta, donde descubrí que los presos habían sido puestos en libertad. La refriega con los soldados y tripulantes continuaba todavía, mas como los presos salieran de su encierro, se hizo cada vez más desigual. Los presos, que se hallaban desarmados, arrebataron los fusiles a los soldados y los dominaron por su número. Al subir sobre cubierta, el cabo decía que no entregaría su fusil, a no ser que yo se lo mandase, porque, según parece, los oficiales, luego de subir a bordo, pidieron a los soldados que les entregasen sus armas, y en medio de la confusión algunos lo hicieron así. Al dirigirse el cabo a mí, tres de los oficiales se abalanzaron sobre él, y después de una larga brega, fué desarmado y engrillado. El ataque mismo fué tan inesperado, la irrupción de los presos desde la bodega tan aplastadora y la confusión tan grande, que no puede parecer extraño que los soldados y la tripulación fuesen dominados.

Hiciéronse luego los preparativos para el envío a tierra de Mr. Shaw y de mí, ha-

biéndose destinado la guardia suficiente para que nos acompañara en el bote. Mientras remaban en dirección a tierra, nuestros captores disparaban con frecuencia sus fusiles, a los gritos de «¡Viva Cruz!». Estos gritos me dieron la primera noción clara de lo que había ocurrido en la colonia, porque eran los mismos que habían llegado a mis oídos durante la revuelta (anterior a mi partida de Valparaíso)⁵, y de la cual había sido testigo. Al pisar tierra, nos salieron al encuentro varios soldados de a pie y de a caballo, uno de los cuales parecía de cierto rango. Este era García, uno de los oficiales que había servido a las órdenes de Gamero y que se pasó a Cambiaso en el motín, viéndose obligado a hacerlo así, según más tarde alegaba, para escapar la vida. Sea como fuere, en verdad que hallé en él mucho más educación y humanidad en sus acciones y palabras que en Cambiaso, siéndole deudor de varias atenciones. Por él adquirí la primera noción de lo que había ocurrido en la colonia.

5. Queda ya indicado que tuvo lugar el 28 de Octubre.

Luego que saltamos del bote, noté la extrema debilidad en que se hallaba Mr. Shaw, temiendo que, si había de ser llevado un tanto lejos de la playa, no pudiera sostenerse en pie de la fatiga. Me dirigí entonces al general García, como más tarde aprendí a nombrarle, y llamándole su atención al estado de salud en que se hallaba Mr. Shaw, le pregunté si no podría tomarse algún arbitrio para que siguiese a caballo. García ordenó que uno de sus soldados se desmontase, y Mr. Shaw ocupó su lugar. Fuimos llevados desde la playa, por el recuesto arriba, hacia los cuarteles, y pasando por la explanada, bajo la boca de los cañones montados en ella, penetramos en el recinto de la fortificación. Mirando a mi alrededor, observé aprestos militares por todas partes, pero nada que revelase el orden de una guarnición reglada; por el contrario, los gritos de borrachos bullangueros, las disputas y juramentos de los soldados, los penetrantes chillidos de las mujeres que herían mis oídos, diéronme una idea aproximada de la clase de gente en cuyas manos había caído. Notable entre

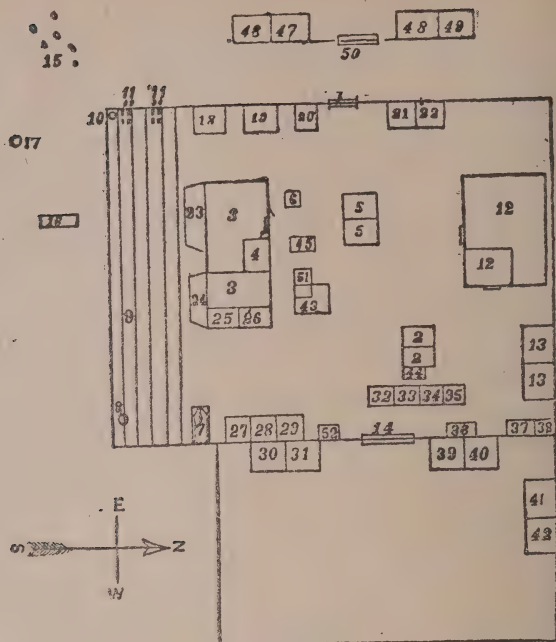
todos ellos aparecía su jefe, Cambiaso, cuyas miradas despectivas hacia nosotros cuando pasábamos, y a quien podía oírse dando órdenes, mezcladas con juramentos y amenazas de condenar a muerte a los que ciegamente no las obedeciesen. Nos dejó pasar, sin embargo, sin dirigirnos palabra, y fué sólo en vista de su traje de oficial y manera autōritaria con que se expedía, que pudimos descubrir su rango.

Muy poco tiempo tuvimos, con todo, para que se nos observase, porque se nos hizo andar de prisa en la calle, para ser metidos en seguida en una de las construcciones mayores que servían de cuarteles. Mis tripulantes,—el resto de los cuales había sido sacado de a bordo al mismo tiempo que Mr. Shaw y yo,—fueron puestos en uno de los cuarteles más pequeños, donde, en unión de Mr. Buella, se les encerró en un cuarto de seis pies cuadrados, tan apretados, que era necesario se turnasen para poder acostarse. Mr. Shaw y yo fuimos en un principio encerrados en el mismo cuarto, sin que se nos permitiera dirigirnos la palabra, estando apostados varios soldados para

que nos vigilasen continuamente. Al cabo de dos horas, sin embargo, fuí sacado de ese cuarto y llevado a otro más pequeño que estaba junto al anterior. El departamento que comunicaba con la pieza de Mr. Shaw y la mía, lo ocupaban nuestros guardianes, que comían y dormían allí, con encargo de prohibirnos todo trato.

Eché una mirada a mi cuarto, que presumí había de servirme de cárcel hasta que fuese condenado a muerte, porque ya sabía en manos de quienes había caído; pues durante el trayecto de la playa al cuartel se me había amenazado de muerte si desde luego no declaraba qué clase de tesoro era el que guardaba a bordo de la *Florida*; y al decir que ninguno, uno de los oficiales declaró que «bien pronto encontraría él medio de hacerme hallar alguno».

El cuarto carecía de entablado, con un tablón clavado a la pared, que semejaba un estante, pero que servía de asiento; la mesa era otro tablón, apoyado en palos enterrados en el suelo, y esto, junto con mi colchón, formaba el amueblado. Guardaba conmigo un pequeño espejo de bolsillo, como del



- 1: Puerta de entrada.—2. Casa en la que vivían Cambiaso y García.
3. Cuartos en que Mr. Shaw y yo fuimos primeramente encerrados.
4. El cuarto a que fuí después trasladado.
5. Donde Mr. Dunn, el capitán Avalos y otros fueron encerrados.
6. Donde se encerró a mi tripulación.—7. La horca.
- 8: Arbol en que fueron fusilados la mujer y otros.
9. La explanada.—10. Palo de bandera.—11. Cañones.
12. Casa de los oficiales.—13. Cocina y horno.
14. Puerta al patio en que se encerraba el ganado
15. Arboles en que Mr. Shaw, el capitán Talbot y el pasajero fueron fusilados.
16. Sitio en que fueron quemados, y también el Gobernador.
17. Donde se quemaron los documentos del buque.
- 18-44. Casas o ranchos para los soldados y presos.
45. Calabozo.—48-49. Almacenes.
50. Puerta de entrada.—51. Algunas veces usado como calabozo.
52. Perra.

tamaño de mi mano, y las miniaturas de mi mujer e hijos, que logré esconder en los pliegues de mi camisa. Tenía también en el bolsillo un lápiz y una pequeña tira de papel, que guardaba para apuntar fechas. Mis guardianes, sin embargo, siempre se llegaron a ver cuando escribía, diciéndome, finalmente, que debía renunciar a ello, pues podría sobrevénirme algún daño. Después de esto, apunté mis fechas cuando nadie me observaba. Esto acontecía raras veces. Durante los dos días siguientes estuve casi desfallecido, pues no me dieron cosa alguna de comer, a no ser dos bizcochos de los de a bordo, o «pan duro», como les decimos los marinos; y mi única bebida fué el agua que logré sacar del cuarto de guardia.

En la mañana del 29, dos días después de nuestra captura, fuí llevado fuera por mis guardianes, para dar un paseo por el patio y la explanada que corría a lo largo de la parte oeste del fuerte, y donde se hallaba montado el cañón. Emplée mis ojos lo mejor que pude, y no menos los oídos, durante el paseo, y hallé modo de hablar a uno o dos de los presos que vinieron en

la *Florida* en mi compañía y con quienes había tenido alguna relación durante el viaje. Por conducto de estos presos fué como tuve después informes de lo que ocurría fuera de mi cárcel. Conversaban conmigo durante mis paseos y en ocasiones llegaban hasta la ventana de mi pieza a contarme lo que pasaba; algunas veces en forma de bravatas y con gran exáltación, y en otras con muestras de simpatía.

Al regresar de mi paseo, me topé con Mr. Shaw, a tiempo que salía de su cuarto en compañía de su guardián, sacado, lo supuse, al mismo intento. Observé que tenía mal semblante, y le hablé diciéndole: «¿cómo se siente Ud. hoy?»; y su respuesta fué, «perfectamente mal», pareciendo que quería decirme algo más, pero mi guardián se interpuso entre ambos, exclamando con un juramento: «Ud., capitán, no puede hablar con nadie; tenemos orden del General para prohibírselo». Se me apuró para llegar a mi pieza y Mr. Shaw hubo de seguir su camino. Tal fué la postrera vez que le viera, pues por algún motivo que jamás pude saber, no fué conducido al cuartel,

sino relegado a un edificio situado fuera de la fortaleza. Parecióme, después de esto, que con su alejamiento de mí, había perdido mi último amigo: tan solo y desgraciado me sentí cuando partió.

CAPÍTULO III

Mi cárcel.—Mis guardias.—Un libro inglés de himnos.—Un compañero de cárcel.—Captura de la *Elisa Cornish*.—Temores del piloto inglés.—Muerte de Mr. Shaw.—Del capitán Talbot y el muchacho.—Barbarie de su ejecución.—Los presos chilenos simpatizan con nosotros.—Bravatas de Cambiaso.—El capitán Avalos y otros son llevados a ver los cadáveres.—Traidora denuncia ción del gobernador Gamero.—Ejecución del traidor.—M paseo.

Ahora comencé a sentir, después de unos pocos días, algo de la monotonía de la vida de un preso: encerrado solo, sin ocupación, oyendo continuamente las disolutas versaciones de mis carceleros, pero sin que me fuera permitido dirigirles la palabra, con pésima comida y sin elementos para mi comodidad personal, o aún para mi aseo, salvo cuando me era dado sacar el agua suficiente del cuarto de guardia para lavar-

me la cara, y teniendo que echar mano de mi pañuelo de narices para secarme.

Habían pasado ya tres o cuatro días y tenía perdido el miedo a una muerte próxima, pero mis dudas y ansiedad respecto a cuáles fueran las intenciones de Cambiaso en lo tocante a nosotros eran muy grandes. Se me antojaba que no existía motivo para que nos retuviera presos, después de haberse cerciorado por sí mismo de que a bordo de la *Florida* no se hallaba tesoro alguno, excepto el miedo que pudiera abrigar de que lográramos llevar a Valparaíso la noticia de su revuelta; y tal peligro, en lo que a él tocaba, sólo podía evitarlo condenándonos a muerte. Fué inútil que tratara de hablar con mis guardias; obedecían seguramente a la orden de no tener trato alguno conmigo, y los presos, que de cuando en cuando solían visitarme, nada sabían de los planes de Cambiaso. Mis instancias para que se me permitiera ver a Mr. Shaw quedaron sin respuesta, salvo la de que no se me podía conceder, y que había estado enfermo y se hallaba por entonces bastante mal.

Poco días después de mi encierro, un

sujeto de apellido Prieto⁶, por conducto de uno de mis guardias, me entregó un libro de oraciones e himnos en inglés, que probablemente le era inútil. Los himnos carecían de mérito poético, y probablemente en otras circunstancias no habrían despertado mi atención; pero entonces, las promesas y consuelos de la religión en que abundaban, el espíritu de resignación cristiana y de fe, de que tanto necesitaba en tales circunstancias y que se mostraban para mí en cada una de sus páginas, me resultaron de un consuelo imponderable. El primer himno en que abrí el libro parecía tan conforme a las circunstancias en que me hallaba, que me produjo gran impresión en el ánimo...

Algunos días después de la translación de Mr. Shaw del cuartel, una noche, cuya fecha se me ha escapado en absoluto⁷, me despertó un gran tumulto que se hacía sentir en el fuerte, ruido de gritos, al pa-

6. Su nombre era Manuel, uno de los sargentos comprometidos en la revuelta del 20 de Abril, y a esa causa enviado a la colonia.

7. Podemos suplirla, diciendo que fué la del 1.º de Diciembre.

recer de regocijo. Hallábame puesto a la ventana, procurando descubrir el significado del bullicio, cuando se abrió la puerta de mi celda y un hombre penetró en ella. Estaba vestido de marinero, parecía un norteamericano y su continente revelaba gran terror y extravío⁸.

Le abordé inmediatamente, en inglés, preguntéle quién era, creyendo que sería también un preso, como yo. Los guardias en el cuarto vecino se hallaban en tal estado de excitación, que nos dejaron conversar tranquilamente.

Respondióme que era el piloto de un bergantín inglés, el *Elisa Cornish*, de Liverpool, despachado de Valparaíso para ese puerto; que el buque había fondeado en Punta Arenas con el propósito de pasar la noche; que el capitán, Talbot, de Liverpool, había desembarcado en el bote, en compañía de un muchacho, hijo del dueño de la nave, que iba como pasajero, y uno o dos marineros; y que habían sido apresados y engri-

8. El capitán Brown no da en parte alguna de su relato, a pesar de la frecuencia con que le cita, el nombre del piloto de la *Elisa Cornish*. Se apellidaba Smith.

llados tan luego como se hallaron fuera de la vista del bergantín. El bote había sido enviado al buque, tripulado por cinco o seis hombres, que subieron a bordo y dijeron al piloto que el capitán lo necesitaba y que bajase a tierra; y que mientras se hallaba dudando sobre lo que haría, al ver el corto número de tripulantes, los habían atacado y sujetado, tomando posesión del bergantín. Pidiéronle en seguida les diese el dinero que hubiese a bordo, amenazándole de muerte si no lo entregaba en el acto. Había a bordo del bergantín cerca de noventa o cien mil pesos, en barras de oro y plata, de que se apoderaron y bajaron consigo a tierra, junto con el piloto y demás tripulantes. Algunas de las barras de oro habían sido partidas en su presencia y distribuídas entre los soldados; y su entusiasmo a la vista de tal botín era lo que había levantado la gritería que acababa de escuchar. Este hombre estuvo colocado en mi cuarto, junto conmigo, todo el tiempo restante que perduró nuestra prisión. Era un individuo de buen parecer, pero evidentemente poco acostumbrado a manejarse por

sí mismo, sintiéndose por extremo temeroso de la muerte que esperaba habían de darle los sublevados. Fuéme necesario animarlo continuamente y tratar de inculcarle que debía mostrar osadía delante de sus aprehensores, aunque más no fuese para inspirarles respeto. En lo que a mí toca, en verdad que no les tenía mucho miedo. Temía la muerte, pues el peligro en que me hallaba demostrábame cuán poco preparado estaba para ir a otro mundo; y mi temor a la muerte revestía mucho de parecido con el que alguien pudiera tener en el curso de una grave enfermedad.

En la media noche del 2 de Diciembre me despertó el ruido de los disparos de fusil, que me parecieron haber sido unos diez o doce. Poco tiempo después, sonó otra descarga, y nuestros guardianes comenzaron a salir de carrera del cuarto vecino. El campamento entero parecía hallarse envuelto en gran confusión, y comencé a alarmarme, creyendo que algunos de mis compañeros habían sido fusilados y que nuestro turno se aproximaba ya. No me atreví a preguntar nada a los guardianes, a algunos de los

cuales vi que se asomaban por la puerta de nuestro cuarto, que siempre permanecía abierta durante la noche. El piloto de la *Elisa Cornish* me dijo entonces: «aquí es la grande, capitán Brown; algo de tremendo está pasando. Temo que hayan ido en busca de mi capitán y de Mr. Shaw». En seguida, tapándose la cara, comenzó a dar gritos.

Tal proceder me produjo una impresión de desagrado, y contestéle en el acto que no dudaba de que tuviese razón, y que suponía también que nuestro turno estaba próximo, pero que no deseaba se moviese la conversación sobre ese punto; y que en todo evento, debía manifestar un continente sereno y resuelto, porque los guardias nos observaban y estaban oyendo lo que hablábamos. Esto le alentó, y se sentó, habiendo permanecido en gran angustia todo el resto de la noche. Me creí lo suficientemente orgulloso para no preguntar algo a los guardianes, ni hubiera permitido que el piloto lo hiciese.

Poco después de levantarse el sol, algunos de los que habían venido conmigo en calidad de prisioneros entraron a mi cuarto y

me dijeron en voz baja en castellano: ¡«su pobre naviero; pobre capitán inglés; pobre muchacho inglés»! Les interrogué en secreto, y supe que Mr. Shaw y el capitán Talbot, con el joven pasajero, habían sido sacados de sus lechos momentos antes de la media noche, aherrojados de pies y manos, conducidos no lejos de los cuarteles, y fusilados atados a un árbol. Más tarde pude obtener algunos detalles de su ejecución, que en obsequio a la claridad del relato, insertaré aquí.

Mr. Shaw había estado siempre muy enfermo desde que nos separamos; y supe que en el día 2 de Diciembre envió un recado a Cambiaso para preguntarle si podía contar con alguna asistencia médica. Cambiaso le contestó de manera brutal: «sáquenlo fuera y fusílenlo, porque no tenemos tiempo para ocuparnos de enfermos». Cuando fueron sacados, el capitán Talbot pidió de la manera más encarecida que se perdonase la vida al muchacho, diciendo que había sido puesto a su cuidado por sus padres, que no pasaba de ser un niño y era incapaz de hacer daño alguno; pero ni siquiera se dió oídos a

sus súplicas. Jamás pidió la vida para sí. El muchacho era de unos diez y ocho años de edad, hijo de uno de los propietarios de la *Elisa Cornish* y hacía el viaje en excursión de placer⁹.

La primera descarga mató al capitán Talbot y al joven, quedando Mr. Shaw indemne, pues no le alcanzó ninguna bala. Entonces se le dirigió una descarga completa, que lo mató en el acto. Llamó la atención a uno de los soldados el brillo de un anillo de diamantes que Mr. Shaw llevaba en un dedo, y tan luego como fué fusilado, el soldado se acercó al cadáver para ver modo de arrancárselo del dedo, y como no lo lograra, echó mano al cuchillo y le cortó el dedo. Supe después que este anillo lo traía una de las mujeres que estaban en el fuerte, y a mi regreso a Valparaíso ofrecí veinticinco pesos para recuperarlo, imaginándome que sería siquiera un ligero recuerdo para los amigos de Mr. Shaw el tenerlo, pero mis diligencias no tuvieron resultado. Los

9. Según los antecedentes de que pudo disponer Vicuña Mackenna, este joven habría sido dueño y sobrecargo de la nave y de apellido Dean.

cadáveres fueron después sacados de ese sitio y colgados por el cuello en un árbol, para exponerlos a las miradas de los que pasasen por allí.

Nunca supe el por qué había sido fusilado Mr. Shaw, pero todo me induce a creer que fué la consecuencia de la respuesta de Cambiaso a su solicitud de asistencia médica. Habría sido mucha molestia para él hacerse cargo de un hombre enfermo. Posiblemente, causa análoga fué la que motivó la muerte del muchacho¹⁰. El por qué fué fusilado el capitán Talbot y se me reservó a mí la vida, es también un misterio para mi.¹¹ Nunca vi al capitán Talbot, pero por las referencias de su piloto hacia él, me he formado la convicción de que era un hombre de cierta energía y carácter. Quizás su misma ener-

10. La suposición de nuestro autor resulta perfectamente justificada por el hecho, pues Cambiaso, al ser interrogado por su juez al respecto, dijo que los había hecho fusilar «porque le incomodaban».

11. Sin embargo, la explicación de las cavilaciones del buen capitán nos parece obvia: quería conservarle la vida porque en los planes de fuga de Cambiaso, que han debido surgir en su mente a raíz misma de su atentado, estaba el lograr disponer de un hombre versado en cosas de la mar que pudiera guiar la nave en que se embarcase para su fuga.

gía le indujera a decir algo que exasperara a Cambiaso. De ello dió alguna prueba al tiempo de su captura. Dos oficiales chilenos le tenían asido con cierta aspereza, a lo que les dijo, indignado, que no debían ser tan groseros, a la vez que echaba mano a un cuchillo que tenía en el cinturón de los pantalones, pero que le fué quitado en el acto¹².

La muerte de Mr. Shaw fué un terrible golpe para mí y perdura aún en mi ánimo como un gran pesar. Habíamos sido amigos durante algún tiempo y tenía por él el más profundo respeto. Era, en verdad, un joven que prometía mucho, y su pérdida para su familia y amigos no podrá ser fácilmente reemplazada. Lo siento por ellos, aún encarcelado como estoy y esperando mi último día, a la vez que imagino el dolor de mi propia familia cuando les llegue la noticia

12. De este hecho hay testimonio en los documentos; pero causal más poderosa sin duda que esa, fué para Cambiaso el hacer desaparecer al hombre que podía después acusarle del robo del dinero que se hallaba a bordo del bergantín. El motivo aparente y por demás ridículo que tuvo Cambiaso en su decir fué que Talbot y su compañero de suplicio eran portadores de «los tesoros de don Manuel Montt».

de nuestro fatal destino; y ahora que la Providencia me ha devuelto a ellos, me duele recordar a quien muerte tan cruel encontró de manos asaz bárbaras, en una tierra lejana y desierta.

Uno de los hombres que entró a mi celda esta mañana me informó que los cuerpos habrían de permanecer colgados hasta que todo el mundo los viese. En esa conformidad, como a la una de la tarde de ese día, tres de los presos (creo que eran el capitán Avalos, el capitán de la tropa de línea y Mr. Dunn) fueron sacados de su prisión y aliviados de sus grillos, y cuando ya estuvieron desembarazados, Cambiaso se acercó a ellos y con fingida política les invitó a dar con él un paseo. No les era dado rehusar la invitación, pero le acompañaron en silencio, seguidos de una fila de soldados que hacían de escolta. Les condujo fuera de los cuarteles en dirección a la playa. Cuando pasaban bajo los árboles de que estaban colgados los cuerpos de Mr. Shaw, capitán Talbot y el muchacho, los señaló con la mano, y riéndose dijo: «Ya ven Uds. lo que les pasa a semejantes villanos cuando caen

en mi poder; su turno les llegará a Uds. en seguida». Después de obligarlos a que diesen la vuelta al rededor del árbol, de manera que pudieran ver los cuerpos de todos lados, les condujo de regreso a los cuarteles y a la prisión en que estaban apiñados.

El piloto de la *Elisa Cornish* y yo pasamos toda la mañana en extrema ansiedad, esperando por momentos que se nos llamara, tal vez para darnos muerte, tal vez para que fuéramos a ver los cadáveres de nuestros amigos, en la seguridad de que cualquiera muestra de emoción que diéramos había de ser observada e interpretada como señal de debilidad nuestra. Mi sentir tenía visos de un orgullo despreciativo; mi propia honra y la honra de mi patria me parecían hallarse vinculadas en mi comportamiento en presencia de semejantes piratas y desalmados; y reiteradamente requerí al piloto, de cuyo poder de dominarse comenzaba a dudar, que manifestase entereza, sucediera lo que sucediera. Le advertí que pensara en que, si así no lo hacía, todo el mundo lo atribuiría a cobardía de su parte. Hacia las tres de la tarde sentimos el estampido

de armas de fuego y confusión y bullicio en el patio. Al ruido, el piloto saltó en pie, diciendo: «Dios mío, capitán, ¿qué pasa ahora?» Escuchábamos llenos de ansiedad, pero todo quedó en seguida tranquilo, aventurándome a preguntar a uno de nuestros guardianes a qué se debía aquel bullicio. Contestó con indiferencia: «es que acaban de fusilar a un soldado; era un traidor». Cosa de dos horas después, llamóme el guardia para que saliera, diciéndome que el piloto y yo diéramos un paseo por el patio, a lo que me negué en un principio, pretextando que no necesitábamos semejante paseo, que me sentía muy bien como estaba, y otras cosas por el estilo; pero uno de los soldados, acompañando sus palabras con un juramento, declaró que tales eran las órdenes del General y que mejor sería que saliese, o algo malo podría sucederme. Me levanté y comencé a andar tranquilamente en unión del piloto. La primera cosa que vieron mis ojos, luego que llegué a la puerta del cuarto de guardia, fué una horca improvisada de que colgaba el cuerpo de un infeliz soldado. Cerca de allí estaba un árbol, cuya corteza

se hallaba sembrada de agujeros causados por las balas, y el suelo manchado con sangre. Tal vista me hizo daño, pero llamando en mi auxilio toda mi entereza, me acerqué al cadáver tranquilamente y pregunté de quién era. Uno de mis conocidos, uno de los penados chilenos que había venido conmigo y que vagaba por allí, se acercó a mí y me dijo: «no sienta pena por él, capitán Brown; era un traidor, de quien no hay que hacer caso. Nuestro General le ha pagado bien».

Inquirí algo más de aquel hombre y descubrí que ese era el cuerpo de uno de los soldados que se habían escapado del fuerte con el Gobernador, y que, cansado de sufrir y temeroso de morir de inanición, se había presentado esa mañana a las puertas del fuerte y entregádose, ofreciendo dar a Cambiaso informe del sitio en que se ocultaba el Gobernador, si le ofrecía salvoconducto y la suma de quinientos pesos. Cambiaso se lo prometió, y tan luego como hubo ganado lo que de él solicitaba, lo hizo encadenar y luego fusilarlo¹³. Comprende-

13. Los antecedentes de que disponemos permiten aseverar otra cosa respecto a la causa del fusilamiento de ese hombre,

dí que tenía merecida su suerte, pero acordándome del proverbio del «honor entre ladrones» no pude menos de pensar que no debían ser las manos de Cambiaso en las que se pusiera.

Esa relación era, que el bote, después de haberse alejado de la costa la noche del arribo de la *Florida*, fué arrastrado lejos de nuestro buque, habiéndoles sido imposible a sus tripulantes hacernos entender lo que querían, y siguieron así todo el resto de la noche, remando cuanto pudieron, hasta que lograron alcanzar la costa de Tierra del Fuego, poco después de aclarar. Trataron allí de desembarcar, pero se les opuso una partida de indios, que les disparó, hiriendo a uno de los soldados¹⁴. Hallándose entonces el tiempo se-

que era un cabrero de apellido Riquelme, a quien logró hallar uno de los soldados que siguieron a Muñoz Gamero para que le pidiera a su mujer, que se había quedado en la colonia, le enviase tabaco. Denunciado por otra mujer, Cambiaso le consideró como traidor que se hallaba en comunicación con lo que él llamaba «el enemigo», y a tal título fué que le mandó fusilar.

14. Hubo, en efecto, un soldado herido, de apellido Villa, que recibió una pedrada, lanzada con honda, cuyo proyectil se le incrustó entre dos costillas y con él enterrado, puede decirse, en la carne, anduvo hasta que le fué extraído después en Valparaíso; pero además de él, también lo fué Muñoz Gamero de resultas de un dardo arrojadizo.

reno, remaron hacia el Oeste y cruzaron otra vez el Estrecho en Port Famine, el sitio en que estuvo primeramente la colonia. Allí se ocultaron entre los arbustos, habiéndose alimentado durante toda la semana última de sólo raíces, y hallándose ya por entonces a punto de perecer de hambre.

Todo esto recogí de boca de mis guardianes y visitantes, después de llegar de mi paseo en compañía del piloto, si bien no esperábamos habernos vuelto a ver otra vez.

CAPÍTULO IV

Captura del Gobernador.—Su ejecución.—Soy* sacado de mi prisión.—La quema de los cuerpos.—Carácter del Gobernador Gamero.—Sus relaciones con las tribus indígenas.—El Padre Acuña.—Llegada del buque de S. M. B. vapor de guerra *Virago*.—Mr. Dunn, el secretario.—Planes de Cambiaso para apoderarse del vapor.—Teme su fuerza y disciplina.—Los oficiales son invitados a bajar a tierra.—No se levantan sospechas.—El *Virago* se hace al mar.

EN la tarde del día de estas ejecuciones, Cambiaso despachó dos o tres partidas de soldados, bien armados, y todos montados, a las órdenes de uno de los oficiales de más graduación, con encargo de apoderarse del Gobernador y de los que le seguían, vivos o muertos. Poseían información precisa, por conducto del traidor, del sitio en que se ocultaban, y rodeando los matorrales y explorándolos uno a uno, lograron capturarlos, y a eso de la puesta del sol llegaron con ellos, siendo al punto cargados de grillos.

Supe que estaban terriblemente demacrados y que apenas se podían tener en pie por causa de hallarse tan debilitados, pues durante casi una semana sólo se habían alimentado de raíces y frutas silvestres. Cambiaso dispuso que se les proporcionara una comida abundante, diciendo que debían marchar con una buena panzada, y los hizo en seguida meter en el calabozo en que estaban el capitán Avalos y los demás presos. El capitán Avalos me contó después, que tanto el gobernador como el fraile, no daban señal alguna de miedo, de tal modo que cuando se les preguntaba si sabían la suerte que les aguardaba, respondían tranquilamente: «Oh! sí». Cambiaso parece pretendía rodear la ejecución de cuanta pompa y solemnidad estuviese a su alcance. A eso de las nueve de la noche se produjo un movimiento general en todo el campamento. Las cornetas tocaban una marcha fúnebre, los tambores redoblaban, los soldados se hallaban bajo las armas, y el gobernador Gamero y el Padre Acuña eran sacados del cuartel. Todo quedó silencioso en el patio después que partieron, y en

breves momentos sentí las descargas de los tiros con que eran muertos. Fueron fusilados bajo los mismos árboles a los que habían sido amarrados Mr. Shaw y el capitán Talbot.

Al cabo de una hora, fuí llamado para afuera de mi cuarto, diciéndome que se me necesitaba en el patio. Salí de mala gana, porque ese día de excitación me había hecho caer en cierta especie de indiferencia respecto a la suerte que me aguardaba; pero el paisaje que se extendía delante de mí, luego que llegué a la explanada, cuyo nivel superaba al resto del corral, y que dejaba ver el campo más allá del fuerte, me hizo salir al punto de mi indiferencia. En el terreno del lado norte de los cuarteles se había cavado un hoyo profundo, en el que brillaba una fogata, cuyos rojizos reflejos alumbraban todo el rededor. En los árboles, hacia la derecha, colgaban los cadáveres de Mr. Shaw, del capitán Talbot y del muchacho, y a sus pies se distinguían los cuerpos ensangrentados del gobernador y del capellán. Los revoltosos andaban entre el fuego y los cadáveres, y a Cambiaso con algunos de

sus oficiales, a caballo, se les veía dar instrucciones. Luego pude divisar un carro que marchaba en dirección a la fogata, del cual se arrojó un cadáver a las llamas, con tan poco respeto, como si se hubiese tratado de un perro. Uno de mis guardianes, que se hallaba a mi lado, dijo: «Ahí va el Gobernador». Los cuerpos de Mr. Shaw, capitán Talbot y del pobre muchacho inglés fueron descolgados uno a uno y arrojados al fuego. Las mujeres que había en el campamento solicitaron de Cambiaso que permitiera dar sepultura al cadáver del capellán, y él, conservando quizás algún sentimiento de reverencia a sus funciones sagradas, consintió en que se les entregase¹⁵. Echóse

15. El cadáver del desgraciado franciscano fué, en efecto, enterrado, pero tan superficialmente, al parecer, que los perros y salvajinas lo descubrieron pronto y lo devoraron.

Por supuesto que el padre Acuña era merecedor de que dijéramos algo de su persona, pero todas nuestras diligencias a ese intento han resultado vanas. Los que le trataron, apenas si le nombran con su apellido, y ninguno da ni siquiera noticias de la Orden a que pertenecía. Yo le tengo por franciscano.

Debía ser conventual de algún monasterio del Sur, probablemente del de Castro; y a esa sospecha llego porque no figura en el Catálogo de los eclesiásticos de ambos cleros de

nuevo combustible a la fogata y sus cárdenos reflejos alumbraban una escena que me hace espeluznarme cuando la recuerdo.

Los soldados bailaban al rededor del fuego, cantando el himno nacional de Chile, mezclando con sus gritos e interjecciones insultos contra el Gobernador y amenazas de venganza hacia los restantes presos, especialmente contra el capitán Salas, el que mandaba la tropa en tiempo de Gamero, y contra el capitán Avalos, cuyo único delito parecía ser el grado militar que tenía del Gobierno de Chile. La oscuridad de la noche, el rojizo reflejo de las llamas, la danza fantástica de los soldados, los gritos mezclados con maldiciones que llegaban a mis oídos, todo semejaba ante mis ojos como una revuelta de los infiernos, en que las almas

la diócesis de Santiago, ni el P. Lagos le menciona entre los misioneros de Chillán.

En el Convento de la Orden en Santiago no me fué posible descubrir nada a su respecto, porque el Archivo, según se me asegura, se halla por el momento desorganizado; ni han tenido respuesta mis cartas a algunos funcionarios de la Curia de Ancud. ¡Tan poco les interesa la figura de un hombre, que, en otros tiempos, quizás, como muerto que fué *in odium fidei*, hubiera dado origen a algún proceso de canonización!

de los condenados hicieran mofa de los sufrimientos de sus semejantes. En esa noche, los papeles de la nave y los particulares míos fueron también quemados entre gritos de alegría.

Se me mantuvo en la explanada hasta que se extinguieron las llamas, a cuyo tiempo los soldados dieron tres hurras al rededor del fuego, que fueron contestadas por los que estaban en el patio; y poco después se me ordenó retirarme a mi prisión, para soportar otra noche de angustia.

El piloto me preguntaba con empeño qué era lo que pensaba habría de ocurrir en seguida, a quien le contesté en pocas palabras y le di vuelta la espalda, porque sentía la necesidad de calmar mis nervios después de tal excitación.

Pasé esa noche en estrecha comunión conmigo mismo, fortificando mi espíritu para hacer frente a lo que se me ofreciera, levantando mis energías para ver modo de aprovechar cualquiera oportunidad que se me ofreciese de escapar de las manos de semejantes furias sedientas de sangre. La mañana me halló más tranquilo y más lleno

de energía y resolución que lo hubiera estado en cualquier momento precedente desde mi cautiverio. Si Cambiaso dispuso que se me sacara a la explanada con el propósito de intimidarme, manifestó no conocer a su hombre. El espectáculo, lejos de abatirme, hizo nacer en mí el deseo del desquite y la determinación de obligarle a pagar las maldades de que había hecho víctima a mi amigo.

El gobernador Gamero tenía el grado de capitán en el ejército de Chile; su nombre: Benjamín Muñoz Gamero. Más tarde oí hablar de él como de un hombre de hermoso carácter y de excelente juicio. Bajo su mando, la colonia se había acrecentado en prosperidad y disciplina. Había construído algunos cuarteles muy cómodos para los soldados y buenas casas para los oficiales. Los penados habían sido empleados en rozar y cultivar la tierra, e incrementar el intercambio y comercio con los indios de las vecindades.

Las tribus aborígenes de las inmediaciones se habían manifestado siempre amistosas para el establecimiento; y, según supe,

estaban acostumbradas a visitar los cuarteles una vez al mes, trayendo consigo los productos de la caza y otros objetos, que manifestaban gran interés en cambiar por harina, pan, y así por el estilo. De ordinario se formaban en una hilera, del lado norte de los cuarteles, y el Gobernador alineaba sus tropas en la explanada, en la parte alta de la empalizada, mostrándoles los dos cañones, cuyo estampido habían con frecuencia oído y al que profesaban un miedo supersticioso. Los caudillos se adelantaban entonces y se ponían al habla con el Gobernador al lado afuera de la empalizada y allí arreglaban los términos de sus cambalaches.

Del padre Acuña poco puedo decir. El respeto que le profesaban las mujeres de la colonia habla bien claro en su favor.

En la mañana del 4 de Diciembre, hallándonos el piloto y yo comiendo la escasa ración de pan duro, que lavábamos con el agua que sacábamos de los desaseados baldes del cuarto de guardia, se levantó un bullicio en el patio: «¡un vapor, un vapor de guerra, con la bandera inglesa!» El corazón comenzó a saltarme, luego me puse en

pie de un brinco, y el piloto pareció cobrar valor ante el espectáculo de la llegada de sus paisanos y en su confianza en la protección de la bandera de su patria. Un momento de observación me hizo comprender que, aún en medio de la excitación, algunos de nuestros guardianes nos vigilaban desde el otro cuarto; y haciéndole señas al piloto que tuviera cuidado, procuré adquirir el aire más natural del mundo, escuchando y preguntando como por mera curiosidad. Pude saber de los guardias y de los desocupados que vagaban por allí, que Cambiasso había manifestado intento de capturar el vapor; que la bandera de Chile había sido izada en lo alto del mástil y que se disparó un cañonazo para llamar la atención del vapor e inducirlo a que penetrase en la bahía y fondease en ella. Al cabo se notó que se dirigía al puerto y que evidentemente se preparaba para largar anclas. Su nombre, según me dijeron, era el de *Virago*.

En el curso de la hora siguiente, el piloto y yo estuvimos combinando multitud de planes en la esperanza de llamar la atención

de los oficiales o marineros del vapor cuando desembarcasen y prevenirles del peligro que les amenazaba y de la situación en que nos hallábamos; pero nuestros planes se frustraron bien pronto, porque apenas había el vapor echado el ancla, cuando el piloto y yo fuimos sacados a toda prisa de nuestro cuarto y conducidos al través del patio a otro edificio más pequeño. En vano pregunté a los que nos llevaban para adonde íbamos; teniendo por toda respuesta un juramento y la orden de estarme quieto. La puerta del pequeño calabozo estaba abierta, y nos empujaron a un cuarto de unos ocho pies cuadrados, echando los cerrojos luego que entramos. Allí estaban, sentados o tirados en el suelo, unos seis hombres macilentos, cargados de cadenas. Les hablé en castellano, pero uno de ellos me contestó en buen inglés: «¿es usted el capitán del buque americano?». Me sorprendí grandemente, porque al punto le tomé por norteamericano; pudiendo comprender que era un caballero o algo más que un marinero cualquiera; pero, ¿qué marinero podía estar encerrado allí que no perteneciera a la dotación de la

Florida? ¿Habría sido capturado por esos piratas, sin que hubiera llegado a mi noticia, algún otro buque? «¿Quién es usted, le pregunté?» lleno de ansiedad; «¿es usted norteamericano? ¿Cómo ha llegado usted a este maldito lugar?»

Contestóme que se llamaba Dunn, que era brasileiro y había estado sirviendo de secretario al gobernador Gamero; que había sido apresado por orden de Cambiaso al tiempo de su alzamiento y recluso en aquella inmundicia pocilga desde ese día.

A tiempo que hablaba, uno de los guardias golpeó la puerta, reclamando silencio y diciendo que dispararía sobre el primero que lo incomodase otra vez.

Las tres horas siguientes las vimos transcurrir Mr. Dunn y yo en indecible ansiedad, tratando de oír lo que pasaba afuera, cambiando alguna palabra de cuando en cuando. Todo intento para mirar desde nuestra pequeña ventana, era impedido por el guardián que permanecía de pie entre la puerta y la ventana, echándonos miradas de tiempo en tiempo. Afuera todo estaba tranquilo y en orden; ninguna bulla se per-

cibía, nada, a no ser de cuando en cuando las pisadas de los soldados o los ruidos corrientes del servicio militar en el patio de un cuartel. Esperábamos por momentos oír el ruido de las descargas, o algún grito de alegría, si los oficiales del *Virago* caían en la trampa, como nos había acontecido a nosotros; pero todo estaba en calma.

Como a eso de media tarde, al piloto inglés y a mí se nos hizo salir y nos llevaron a nuestra antigua cárcel. Todo se hallaba tranquilo en el patio, y al tender la vista por allí, no divisé caras nuevas, no había cambio alguno en la distribución de los soldados, ningún edificio custodiado, a no ser los que estaba acostumbrado a ver, que me eran familiares como cárceles de mi tripulación, de la de la *Elisa Cornish*, y el cuarto en que se hallaba el capitán Avalos y los restantes presos.

Llegados a nuestra antigua casa, el guardián se manifestó más comunicativo, diciéndonos que nuestra cárcel había sido trocada para tenernos lejos de la vista de los oficiales ingleses, que habían bajado a tierra, visitado los cuarteles y la *Florida*, y

habían partido sin haberse levantado en ellos sospechas. Así, pues, esa oportunidad de escapar estaba perdida para nosotros. Sentíme indignado ante lo que me parecía una estupidez sin igual de los oficiales del *Virago*, si bien es muy posible que, caso de haber abrigado sospechas, todos nosotros hubiéramos sido víctimas del espíritu de venganza de los revoltosos, antes de que algo se intentara para rescatarnos.

Durante esa noche y el siguiente día, me esforcé por sacar de mis guardianes y de uno o dos de mis antiguos compañeros de viaje, que eran ya visitantes ordinarios a mi pieza, una relación de lo que hubiese ocurrido durante la visita del *Virago* a la colonia.

Al echar anclas el vapor, Cambiaso manifestó ardientes deseos de capturarlo, posiblemente en la expectativa de encontrar algo de valor a su bordo, o, quizás, deseando apresar una nave de tal poder. Había reunido en consejo a sus oficiales, a fin de consultar con ellos cuál podía ser el mejor plan para la captura. El primero que se propuso, y que tan buenos resultados había

producido en el caso nuestro y en el del bergantín inglés, apresar a los oficiales a medida que fuesen desembarcando y matarlos en seguida, a fin de evitarse tener que custodiarlos; abordar luego el vapor y apoderarse de él, habiendo primeramente disminuído el número de oficiales y tripulantes hasta donde hubiese sido posible. La vista de los grandes cañones, que mostraban sus bocas a lo largo de todo el costado de la nave; el conocimiento que tenían de la gran disciplina reinante a bordo de un buque inglés de guerra; y de la capacidad hasta del último de los cadetes para asumir el mando de la tripulación en caso de faltar los jefes superiores: todo contribuyó a hacer desistir a los piratas de intentar semejante plan de apresamiento.

Las dificultades que se ofrecían para ello fueron, según supe, discutidas con entera libertad, habiendo sido el general García el que con más insistencia las puso de relieve. La principal de todas, o mejor dicho, la primera insinuada por él, fué la de que los oficiales habrían de bajar a tierra tan bien acompañados, que se imponía una pelea en

la que fuesen supeditados; y que el ruido de la refriega debía excitar las sospechas de los de a bordo, en términos que la colonia toda se vería a merced de los cañones del *Virago*. El plan se puso en votación entre los oficiales, y después de nueve veces en que se repitió, fué desechado. En una de ellas, estuvo en un voto el que no fuera aceptado.

La propuesta que le siguió era de todo punto digna de semejantes miserables sedientos de sangre humana. Era que esos oficiales fueran invitados a comer con Cambiaso a título de gobernador de la colonia, y que en los guisos que se les sirviesen les pusiesen veneno; pero este plan fué también desechado. Los revoltosos debieron caer en cuenta de que era de resultados muy inciertos, si es que un sentimiento de humanidad no les hizo comprender cuanto tenía de repugnante. Propúsose entonces que algunos de los oficiales de Cambiaso fuesen a bordo a invitar al capitán a que bajase a tierra, y que a su regreso trajesen informes de cómo se presentaban las cosas. Así se convino, y los espías fueron despa-

chados; pero sus informes respecto al orden y disciplina reinantes a bordo, el buen manejo de los cañones y el excelente vestuario de la marinería obligaron a Cambiaso a abandonar toda esperanza de apoderarse de la nave y limitarse a evitar cualquier motivo de sospecha a su respecto. Los oficiales del *Virago* bajaron a tierra, y se les mostró los fuertes y la colonia, guiados por Cambiaso. Se me dijo que uno de los presos, Mr. Dunn, que hablaba inglés y castellano, fué sacado de su encierro y después de amenazarle con una muerte inmediata si revelaba cuál era el estado verdadero de las cosas, fué empleado como intérprete por Cambiaso; a la vez que dos de los mismos revoltosos, que algo entendían de inglés, recibieron orden de vigilarle y dar cuenta de cualquier cosa que les pareciese sospechosa.

Preguntó el comandante del *Virago* qué buques eran los que estaban fondeados en la bahía. Cambiaso respondió que eran suyos, haciendo notar que a bordo del bergantín tenía ciertos presos—algunos de los penados para cuya guarda eficaz no poseía

los elementos necesarios en tierra,—y puesto que el buque se empleaba sólo como cárcel, nada había que pudiera interesarles en él.

El comandante y oficiales visitaron después la *Florida*, de la cual había sido quitada toda mi tripulación, excepto el camarero, un negro, y a cuyo bordo estaban viviendo cinco o seis de los secuaces de Cambiaso.

Cómo pudieron los oficiales ingleses ser tan ciegos que no leyeran en la popa de mi barco *Florida*, de Nueva Orleans, y en la del bergantín, *Eliza Cornish*, de Liverpool, o no abrigar sospechas después de la lectura de esos nombres, resulta incomprendible para mí. Parece que su propio sentido común debió enseñarles que colonia como aquella no disponía de naves, o si las tenía, que debieran ser chilenas y no americana o inglesa. Se dice que Cambiaso obsequió al comandante ochenta o noventa toneladas de carbón, de que el *Virago* tenía necesidad; pero no puedo menos de creer que en esto debe mediar alguna equivocación. El carbón lo compró, probablemente, el *Virago*. Con seguridad que las naves de

Su Majestad Británica no aceptan presentes de esa índole de una pequeña colonia penal, en las costas de Patagonia. Una tan considerable cantidad de carbón en un sitio como aquél tenía que resultar un obsequio de valía, allí donde falta todo combustible y es necesario traerlo de lejos, con excepción de la leña menuda de los arbustos de las miserables florestas de los alrededores.

Cambiaso refirió al comandante, que después supe se llamaba Stewart, que varios de los penados se habían huído y andaban por ese entonces vagando por los bosques vecinos a Port Famine; y en caso que el vapor fondease allí para embarcar algún carbón, pues todos ellos querrían ser llevados a bordo del *Virago*, solicitaba del capitán Stewart que ordenase a su gente echarlos fuera y no tener comunicación con ellos. Algunos de los soldados que se escaparon con el Gobernador, resulta que nunca fueron tomados, y Cambiaso temía lo que pudiesen referir al buque inglés.

Muestra también de la estupidez del comandante Stewart me parece el que tragase sin sospecha este cuento de Cambiaso.

¿No habría sido mucho más probable que Cambiaso hubiese reclamado su asistencia para apresar los prófugos y solicitar del *Virago* que los retuviese hasta que pudiese enviar por ellos? No puedo menos de pensar que todo esto, o la mitad de ello que fuera, bastaba para haber abierto los ojos a un yankee medianamente agudo. Pero quizás alguna disculpa me cabe al juzgar aquella ceguera de los oficiales ingleses, si se considera de cuanta importancia resultaba para mí esa oportunidad de escaparme y cuán amargamente hube de lamentar su pérdida.

Mi compañero de cárcel y yo estuvimos asaz tristes durante el resto de esa noche al saber que el *Virago* había partido de Port Famine y se perdía de vista.

CAPÍTULO V

Somos mejor tratados.—De nuevo el capitán Avalos.—Sus sufrimientos.—El sargento es fusilado.—Mr. Buela.—Disciplina de Cambiaso.—Su código penal.—Aspecto de su persona.—Su vanidad.—Amenazas de envenenamiento.—Comida improvisada.—El café.—El piloto se hace cargo de la *Elisa Cornish*.—Cambiaso y García me visitan.—Voy a bordo de la *Florida*.—Mi criado.

DESPUÉS de la partida del vapor se suavizó bastante lo estricto de nuestra prisión. Los presos fueron autorizados para dar un paseo casi todos los días, acompañados de un guardián, y hasta se les permitía alguna comunicación entre ellos. Vi de nuevo al capitán Avalos, con quien crucé un fuerte apretón de manos. Me refirió que creyó que yo había sido fusilado junto con el capitán Talbot y Mr. Shaw. El capitán Avalos había estado encerrado en el mismo edificio con el capitán Salas y el teniente primero de la tropa de Gamero, de quien

Cambiaso había sido segundo teniente. Me contó que el capitán Salas había hecho varias tentativas para ponerse al habla con algunos de los soldados que sirvieron bajo mis órdenes, pero que había sido estrechamente vigilado por Cambiaso, temeroso de una traición. Una mañana, antes de la ejecución de Mr. Shaw y del Gobernador, un sargento, penado anteriormente, pero que había sido ascendido por su buen comportamiento, denunciado de haber recibido una botella de aguardiente del capitán Salas, fué en el acto preso, juzgado por una corte marcial brevísima y condenado a muerte como traidor, de acuerdo con el código sanguinario dictado por Cambiaso. Después de eso, los oficiales presos habían sido más estrictamente vigilados, prohibiéndoseles tener comunicación alguna con los soldados que no estuviesen de facción.

A Mr. Dunn, el secretario, lo topé varias veces durante mis paseos y hallamos de ordinario medio para cambiar al pasar algunas palabras de saludo y comunicarnos, en inglés, informaciones recíprocas. También vi nuevamente por esos días a Mr. Buela.

Había sufrido bastante, confinado como se hallaba en un cuarto de seis pies cuadrados, donde fué puesto primeramente con mis tripulantes, en tanta estrechura, que se veían obligados a permanecer de pie casi todo el tiempo.

Era para mí cuestión de buena política cultivar amistosas relaciones con mis captores, y, a tal causa, por esos días comencé a tomar parte en sus juegos, al menos en calidad de espectador. En las noches, hombres y mujeres se reunían con frecuencia bajo una carpa grande y bailaban el fandango, el bien conocido baile español. Lo bailaban con pañuelos de mano, revolviéndolos cada vez que la pareja se separaba, ya a la derecha, ya a la izquierda¹⁶. Una noche Cambiaso se llegó a mí, hallándome de pie junto a los cordeles de la tienda de campaña, indicándome que tomara parte en la danza. No tenía valor para ello, pero me excusé alegando mi ignorancia de los pasos del baile. Esas noches terminaban,

16. Fandango es el nombre que nuestro autor da a ese baile, pero de la descripción que de él hace, fácil es caer en cuenta que no era otro que nuestra popular zamacueca.

de ordinario, con un festín,—algún cerdo o ternero enteros aderezados.

Hubo cierta noche una diversión tan bárbara como cruel, la que no puedo recordar sin estremecerme. Todos los perros del campamento fueron metidos en un corral y cazados en seguida con porras. Los ladridos de los pobres asustados animales y los ahullidos de los que eran alcanzados por los golpes estuvieron toda la noche presentes a mi oído; y a la mañana siguiente, podían verse sus esqueletos tirados por todo el rededor.

Hice también lo posible, durante mis paseos, para conservar buenas relaciones con los presos que había traído conmigo al Estrecho, y a quienes se puso en libertad después de jurar obediencia a Cambiaso. Algunos de ellos eran muy amistosos y me daban cuanta información creían que pudiera interesarme. De boca de ellos supe bastante de la disciplina que Cambiaso tenía establecida, y del sanguinario código penal que había dictado.

Inmediatamente después de la fuga del Gobernador y del triunfo de la insurrección,

Cambiaso fué proclamado comandante por los rebeldes. Después su título fué de «mayor general» y «general» el de García, o «generalito», como le llamaban de ordinario los soldados para distinguirlos. En ese mismo día, por orden de Cambiaso, el hospital, la capilla con todos los paramentos sagrados que había en el altar, la casa y vestidos del capellán fueron quemados; habiendo declarado Cambiaso que no tenía nada que ver con los ritos sagrados, cualesquiera que fuesen. Se izó una bandera roja, que tenía como insignias una calavera con dos canillas cruzadas y la leyenda: «No doy cuartel»; y sobre ella juraron fidelidad los soldados y los presos libertados. Vi a menudo izada esta bandera en la colonia en los días de parada, durante el tiempo de mi prisión. Aquí daré el código formado por Cambiaso, que obtuve después en Valparaíso. Nada necesito decir acerca de su atrocidad, porque habla por sí mismo¹⁷.

17. Pues contamos con el original castellano, lo insertaremos valiéndonos de la trascripción hecha por Vicuña Mackenna, quien, a su vez, la tomó del *Diario de Valparaíso*, del 3 de Abril de 1852.

CRÍMENES MILITARES Y PENAS QUE A ELLOS CORRESPONDEN

Artículo primero. Todo inferior que hable mal de su superior será inmediatamente ahorcado.

Art. 2.º Todo inferior que echase mano a las armas para ofender a su superior, será inmediatamente ahorcado.

Art. 3.º Si se llegase a verificar el maltrato, bien sea con armas o sin ellas, será quemado vivo.

Art. 4.º El infiel a la bandera que hemos jurado, será descuartizado vivo y después quemado.

Art. 5.º En la misma pena incurre el perjurio.

Art. 6.º En la misma pena incurre el que tuviere infidencia con los enemigos.

Art. 7.º En la misma pena incurre el que tuviere conversaciones perjudiciales al servicio.

Art. 8.º (Robo).—El que robare cualquiera cantidad, prenda o alhaja o alguna

cosa de propiedad ajena, aunque sea insignificante, será ahorcado.

Art. 9.º (Falta de puntualidad).—Cualquier individuo militar (sea de cualquier carácter) que no estuviese con la debida puntualidad en el lugar que se le llame, como igualmente que sea omiso en el desempeño de su obligación, probado que sea, será pasado por las armas.

Art. 10. (Cobardía).—Todo individuo que por cobardía volviese la espalda a la vista del enemigo, o habiéndose empeñado la acción, será inmediatamente muerto a bayoneta, sacándole al mismo tiempo los ojos para comprobar el hecho.

El cadáver de un cobarde, después de practicado lo dicho, debe ser quemado.

Art. 11. Si algún infiel fuese aprehendido, se principiará por arrancarle la lengua, como instrumento de su falsedad. En seguida se le quemarán los ojos con un fierro caliente hasta carbonizarlos, y después se practicará lo dicho en los artículos 4.º, 5.º y 6.º

Art. 12. Todo centinela que se encuentre dormido en su puesto y no lo vigilase con la debida puntualidad, será inmediatamente

ahorcado como el único responsable a él. Por tanto, se encarga a los cabos de guardia vigilen cada diez minutos los puestos separados de la guardia, con el objeto de asegurarse hasta la evidencia de la exactitud de este artículo.

Art. 13. El que en acción de guerra diese cuartel a los enemigos, bien por lástima o conmiseración, será en el acto pasado por las armas.

Art. 14. El oficial, sargento, cabo o soldado que no estuviese con la debida vigilancia en su guardia, probado que sea, será en el acto fusilado.

Art. 15. El infractor de cualquier artículo de estas leyes, si es oficial será ahorcado, y si individuo de tropa, fusilado.

Art. 16. Se encarga a todo individuo militar la exacta observancia de los artículos precedentes y de los que posteriormente se publiquen. Esta recomendación es muy particular a los señores jefes y oficiales, haciendo conocer a la tropa de su mando el alegato de que no entenderlos, no les servirá de disculpa en el acto de violarlos.

Art. 17. (Robo de munición).—El que

robases u ocultases que otro individuo robe paquete, bala, pólvora o cualquier otro artículo de guerra, será quemado vivo.

Art. 18. El que en función de guerra botase las municiones, bien sea por [no] ofender al enemigo, o por aliviarse del peso de ellas, será descuartizado vivo, presa por presa, principiando por los dedos de las manos, prefiriendo la derecha, y después quemados los delincuentes de tan enormes delitos.

Art. 19. Si pisando algunas de las provincias de la república se descubriere algún monttista, convencido que sea de ello, la casa de ese será dispuesta al saqueo de mis tropas y después entregada ésta a las llamas, incluyendo en ella al propietario o arrendatario a quien se saquee.

Art. 20. El que en mi división vendiese con conocida usura alguna especie, será castigado como ladrón, y, como tal, se le aplicará un castigo de cien palos.

Art. 21. Queriendo los jefes de esta división evitar todo fraude, se prohíbe, bajo pena de horca, el pasar plata con ganancia sobre prendas, sean de cualquiera especie.

Art. 22. El que en lo sucesivo recibiese algunas prendas de vestuario o alhajas en empeño, si es sin ganancia, pierde el derecho de dicha prenda, perdiendo lo que ha pasado por ella, y a más se le darán doscientos palos, y si ha mediado algún interés, se le aplicará la pena que impone el artículo 21.

Art. 23. El que estando de centinela o avanzada viese que se acercan a él los enemigos y no diere parte a la voz o disparando su arma, será descuartizado vivo, tomando en consideración que de una omisión de esta clase puede resultar un gravísimo mal al ejército.

Art. 24. El jefe, oficial, sargento, cabo o soldado que no defendiese el puesto que se le confía hasta perder la vida, será quemado vivo, y de ningún valor será que se disculpe con el excesivo número del enemigo, que es malo el armamento, u otras excusas demasiado frívolas, que sólo pueden servir para probar su cobardía.

Art. 25. A cualquier individuo que se le encargue la toma de algún puesto, hará cuanto esté de su parte a fin de verificarlo,

esto hasta perder la vida, aunque sea perdiendo toda su gente que le acompaña, será inmediatamente fusilado si no lo hiciese.

Art. 26. Si a algún viva de un centinela no se respondiese «General Cruz», se le hará fuego a la persona interrogada.

Art. 27. Deseando este Gobierno de que cada individuo conserve su dinero con el objeto que lo aproveche en cosas útiles, prohíbese toda clase de juegos, y cuando alguno, por vía de pasatiempo, quisiere verificarlo, deberá hacerlo a la lotería y sin mediar interés, pues si éste se verificase, serán ahorcados los jugadores.

Art. 28. Pónese el premio de una onza de oro al que denuncie algún juego de interés o jugador que intente verificarlo.

Art. 29. Todo centinela que abandonase el puesto que se le confía, será tenaceado con un fierro hecho ascuas hasta que pierda la vida, y después de esta operación se pondrá a la expectación pública todos sus miembros por el término de ocho días; concluído esto, se quemará el cadáver en público y se arrojarán al aire sus cenizas.

Dado en el campamento de Punta Arenas, a 13 de Diciembre de 1851.—*Miguel José Cambiaso*.

La lectura de este código de leyes y penas nos deja la impresión de que en el fondo existía cierta manifestación de que ya por entonces, o si no, más tarde, se pretendía establecer relaciones con los insurgentes de la provincia de Concepción que obedecían al General Cruz. Los artículos 18, 19 y 25 parecen indicar que Cambiaso tenía el propósito de verificar la unión de sus fuerzas, marchando hacia el norte, con las de los revolucionarios. Bajo la expresión de «monttista» se quiere indicar un partidario del Gobierno de Santiago, presidido por Montt.

Durante este tiempo vi con frecuencia a Cambiaso; algunas veces a caballo, rodeado de sus edecanes; otras paseando en el campo de maniobras. Montaba bien y de ordinario en caballo muy vivo, y siempre iba armado de espada, daga y pistola. Su figura era hermosa; una frente despejada, complexión robusta, con cabellera abundante; bigote bien poblado y barba espesa.

De nariz aguileña y de hermoso perfil, y admirable lo que un artista llamaría el color de su rostro; labios rojos, frente hermosa, el cabello oscuro, suavizado por el ligeramente rubio de su barba y bigote, dábanle a su rostro una belleza digna del estudio de un pintor. Pero sus ojos revelaban las bajas pasiones que anidaban bajo esta bella apariencia. Eran grandes y negros, medio ocultos por sus pestañas, despedían miradas de reflejos repentinos y encubiertos. Cuando me dirigía la palabra, jamás me miraba de frente, y después de concluir sus frases, me echaba una mirada de reojo, como para penetrarse del efecto de lo que estaba diciendo; y en esa mirada había algo de furtivo y felino¹⁸. Después que tal vi, tuve siempre cuidado, durante nuestras conversaciones, de mirarle fija-

18. Esta observación del marino norteamericano respecto a esa mirada característica de Cambiaso, halla su comprobación en lo que contaba por esos días quien le conoció: «... Pero los ojos, espejo del corazón, descubrían mucho de lo que la naturaleza había ocultado en sus bellezas; miraba al soslayo y por bajo las pestañas, con esa mirada revuelta, como ave de rapiña que más bien clava que mira».—Relación publicada en *El Comercio* de Valparaíso del 5 de Abril de 1852, citada por Vicuña Mackenna.

mente, como si temiera perder alguna de sus palabras; pero, de hecho, porque comprendí que no podía afrontar las miradas y mucho menos una tan intencionada.

Por la observación de su carácter, no le habría podido calificar como un valiente. Era muy vano, muy amigo de que se le admirase, y a menudo, para ganarse el aplauso de los suyos, asumía el aire de un fanfarrón, y sin duda, tal deseo de que se le admirase le habría llevado a ejecutar actos de arrojo; pero hablaba demasiado de su valentía para que creyera mucho en ella. Sin duda alguna que poseía el valor salvaje propio de un hombre sin educación y el que se deriva de la profesión de las armas; mas, estoy convencido de que en una situación cualquiera en que se necesitase de confianza en sí mismo y de presencia de ánimo, su decantado coraje le habría faltado. Pero estoy dando ahora, más que la opinión que a su respecto pude formarme en ese tiempo, las conclusiones a que hube de llegar después de saber cuanto le concernía.

Cambiaso era un joven de no más de

veinticinco o veintiséis años de edad; de cuerpo más bien delgado que grueso, y de estatura mediana. Se hallaba orgulloso de su belleza y era muy aficionado a las alhajas. Al día siguiente de mi captura me mandó recado diciéndome que necesitaba de mi reloj y cadena. Los entregué al oficial portador del mensaje. Nunca más vi el reloj, pero en veces descubrí mi cadena entre las alhajas personales de Cambiaso.

No resultaba difícil para mí reconocer mis pistolas, cuchillos y demás cosas mías que puestas llevaban los oficiales y guardias que me rodeaban. Y siento en mí, cierta curiosa indignación—o, para usar la palabra adecuada,—de rabia, que cruzaba por mi imaginación cada vez que pensaba que en un momento cualquiera podía recibir la muerte de un golpe o de un tiro que me fueran asestados por mis propias armas. Por este tiempo, ni la más remota expectativa tenía para cambiar de traje; mis baúles, junto con todos los de los pasajeros, quedaron a bordo de la *Florida*, y fueron pronto descerrajados y cuanto contenían saqueado por Cambiaso y sus secuaces.

En mis conversaciones con Cambiaso, que se habían hecho muy frecuentes, le pedí con insistencia permiso para ir a bordo de mi buque, y quedar allí custodiado, sabiendo que algunos de sus hombres con sus mujeres se hallaban en la *Florida*; pero su respuesta fué invariablemente un «no; estoy pensando lo que debo hacer con todos ustedes». A veces nos amenazaba con fusilarnos desde luego, cosa que ocurría cuando se sentía molesto por las incomodidades que demandaba nuestra guardia. Tales amenazas me eran comunicadas por los presos chilenos; si bien durante sus conversaciones conmigo jamás se dejó arrastrar a proferir expresiones violentas, pareciendo que se esforzaba por dominarse, como para impresionarme con la idea de que era el único que mandaba.

Poco días después de la visita del *Virago*, se me dijo que Cambiaso estaba resuelto a envenenarme. Tal amenaza me parecía ociosa, ya que me tenía completamente en su poder, y así, no me hizo impresión, hasta que noté el gran cambio que se verificó en nuestra comida. Se nos permitió comer con

los guardias en el departamento de más afuera, en vez de que se nos llevase la comida a nuestra pieza; y los platos que se nos servían eran mucho mejores de los que había visto se daban a los soldados.

Comuniqué mis sospechas al piloto, resolviendo probar en adelante sólo aquellos guisos de que comían los soldados. Cosa era esta difícil de poner en práctica, pues no se nos enviaba fuente aparte, sucediendo con frecuencia que, como los soldados eran servidos primero, se comían siempre lo mejor y a veces nada dejaban para nosotros.

Una mañana se me envió una taza de café, sólo para mí y de la propia mesa de Cambiaso. Coloquéla frente a mí y estuve dudando sobre si la tomaría o no, porque presentía que el veneno venía en esa taza; pero al tender la vista noté que los soldados y el piloto me miraban. Todos tenían noticia de la amenaza de Cambiaso, y probablemente a ellos se les había ocurrido la propia idea que a mí. Sus mismas miradas levantaron mi orgullo, y reflexionando que, la bebiera o no, en realidad mi

muerte a manos de Cambiaso de una manera o de otra era casi segura, me empiné la taza y la bebí de un sorbo. Nada malo me sucedió, y a partir de ese día todas las mañanas se me traía una taza de café; si bien jamás pude apartar la idea de que en alguna de ellas se echaría el veneno.

La temperatura durante el tiempo de nuestro arresto había sido muy ardiente, aunque interrumpida por fuertes vientos del noreste, que soplaban entre los cerros y en ocasiones atravesaban la bahía. La *Elisa Cornish* y la *Florida* habían sido fondeadas por los revoltosos con dos anclas cada una; pero la operación se verificó de manera muy ajena a las prácticas de mar, y con ocasión de uno de esos vientos, la *Elisa Cornish* comenzó a garrar sus anclas. El hecho me fué referido por algunos de mis conocidos chilenos, que se habían hallado a bordo, y comencé a temer la pérdida del bergantín, no porque abrigara idea alguna bien definida de que pudiéramos tener socorro en caso de que Cambiaso se hallase en posesión de los buques, pero me parecía constituían un lazo entre nosotros y nues-

tras familias; pues mientras estuviesen a salvo, contábamos al menos con los medios de abandonar la plaza, en caso de que alguna vez nos fuera posible hacerlo. En consecuencia, aconsejé al piloto que enviase recado a Cambiaso con uno de sus guardas de que si le permitía ir a bordo de su buque, él remediaría aquel peligro; a la vez que expresé a todos mis visitantes, que eran bien numerosos por esa época, que usasen de su influencia con el General para que permitiera al piloto ir a bordo y asegurar así la nave para ellos.

Cambiaso dió inmediatamente la orden de que el piloto se fuese a bordo de la *Elisa Cornish* en uno de los botes de tierra, acompañado de tres o cuatro de sus soldados como guardias. Ocurría esto en la tarde; y después que partió recibí la visita de varios oficiales y al último la del mismo Cambiaso. Comprendí que reinaba cierta ansiedad entre ellos respecto a los manejos del piloto. Eran tan ignorantes de cuanto tocaba a la navegación, que creí se imaginaban era posible que un hombre solo dirigiese un buque, a la vez que sospechó que la demanda del

piloto para ir a bordo era parte de un plan combinado entre nosotros para que pudiera escaparse y volver trayendo auxilio para los demás presos. En la mañana siguiente cambió el viento y comenzó a soplar directamente sobre la playa, muy fresco, levantando mar gruesa. Cambiaso al punto hizo izar la bandera en el mástil en señal de que el bote volviese a tierra. Me hallaba a ese tiempo paseando por la explanada y vi cuando desatraco de la nave, tripulado por cuatro hombres, pero la distancia era tan grande que no me permitía distinguir si entre ellos estaba o nó el piloto. Al aproximarse el bote a la playa y engolfarse entre las rompientes, pude cerciorarme de que iban remando malamente, como si lo fuese por gente de tierra. De repente se volcó, cayendo al mar sus tripulantes. Tres de ellos lograron nadar hasta la playa, pero el cuarto se ahogó. No salió más a la superficie después de hundirse. Luego que los restantes llegaron a los cuarteles me fuí presuroso a cerciorarme de si entre ellos estaba mi compañero de cárcel, y supe que se había quedado a bordo. El hecho de su

quedada, reforzaba las presuntas sospechas, y así, durante todo el resto del día me esforcé por calmar la excitación que crecía por momentos, asegurando a los que venían a visitarme en mi prisión, que sin duda el piloto estaría haciendo lo posible para que el bergantín levantase sus anclas; que aún no estaba en seguridad, y otras cosas por el estilo. Esa noche, con gran alivio de mi parte, se presentó por fin, e inmediatamente le pregunté qué disculpa pensaba dar de su demora. Comprendí, sin embargo, que había estado yo en un gran riesgo, en el que nada, a no ser una extrema necesidad, pudiera hacerme incurrir otra vez.

Durante la tercera semana de Diciembre recibí frecuentes visitas de Cambiaso y García, en el curso de las cuales me interrogaban muy de cerca respecto a mis conocimientos náuticos, en ocasiones volviéndose hacia el piloto para comparar sus respuestas con las mías. Me preguntaron qué era lo que sabía respecto a la navegación por el Estrecho, pareciendo a menudo que me hacían cargos en lo tocante a la exten-

sión de las playas o al aspecto de los promontorios.

Saqué partido de sus visitas para solicitar un poco de más indulgencia para mis tripulantes, que permanecían aún encerrados en el edificio lleno de gente en que desde el principio habían sido puestos y privados de casi todo lo necesario para la vida; pero era evidente, por las respuestas de Cambiaso, que aún no estaba decidido respecto al partido que pensaba tomar en lo tocante a nosotros.

Allá como el 20 del mes, obtuve permiso de Cambiaso para ir a bordo de mi nave y permanecer allí; y en el mismo día mi tripulación fué suelta de su prisión y autorizada para pasearse por el patio y guisar su propia comida. Después de mi largo encierro en el cuartel, bajo la constante vigilancia de mis guardianes, sin que jamás se me permitiese comer o dormir sin ser observado, la *Florida* parecióme como mi casa, y el rostro de mi criado como el de un viejo amigo. Se le había mantenido a bordo para que cocinase a la gente que estaba alojada en la *Florida*, a cuya cabeza

se hallaba un oficial de apellido Tapia (el mismo que fué conductor de las dos primeras cartas para mí)¹⁹ y su mujer. Mi criado había preguntado frecuentemente por mí, mientras permanecí en tierra, y Tapia solía algunas veces darle bromas, contándole que me habían fusilado o ahorcado, que nunca más me había vuelto a ver, y otras cosas de ese jaez, a lo que lloraba como un niño; y cuando me vió llegar a bordo, comenzó a bailar y brincar a mi alrededor, con expresiones de alegría muy propias de un verdadero negro.

Preguntéle si quería quedarse en esa tierra con los rebeldes y piratas. «No más, no más, capitán»,—repuso; «quiero estar con usted; me creo seguro cuando me veo al lado de usted.»

19. Se llamaba José Tapia, era de Melipilla, marinero de profesión, y Cambiaso, luego de apoderarse del fuerte, le nombró capitán de puerto. Se recordará que fué él quien tan astutamente se condujo cuando llegó a fondear la *Florida*. Fué fusilado, junto con el malvado a quien había servido, en Valparaíso, el 4 de Abril de 1852.

CAPÍTULO VI

Comodidad relativa.—La bandera norteamericana.—Día de Pascua.—Mi visita a los cuarteles.—Los niños indígenas.—Rabia de Cambiaso.—Ejecución de una mujer indígena.—Degüello del ganado.—Escapada de los indios.—Temores de los sublevados.—Preparativos de partida.—Nuevo bautizo de la *Florida*.—Entrevista con Cambiaso.—Embarque de los colonos.—Presos enviados a la *Florida*.

DESPUÉS de mi traslado a la *Florida* llegué a tener una comodidad relativa, merced a la ayuda de mi fiel criado Tom, que me parecía poco cuanto hacía por mí. Se me permitió ocupar mi cuarto de recibo, y hallé varios efectos de mi uso personal dispersos por el buque, que me tomé la libertad de recoger. Tom tenía dos de mis camisas, que había lavado lo mejor que pudo y ocultádaslas para mí. El lujo de una muda de vestidos y un buen baño me resultaron

deliciosos. Se permitió a Tom que cocinara para mí a la vez que para Tapia, y nuestras raciones las llevaban del cuartel. Acostumbraba comer sentado sobre cubierta, pues era entonces el rigor del verano y la mayor parte del tiempo se sentía mucho calor en el camarote.

Una mañana, haraganeando sobre cubierta, descubrí la bandera norteamericana, arrojada ignominiosamente detrás de un montón de cordeles. Tendí una mirada al rededor y como viese que nadie me observaba, la cogí y corrí a mi cuarto a esconderla debajo del colchón.

Hallé a la *Florida* muy maltratada por el descuido y áspero trato que había recibido. Muchas de sus velas estaban rotas; sus cabos y aparejos de jarcias, cortados, y perdido el cuarto bote. Esto me apenó bastante, y con la ayuda de Tom fuí reparando poco a poco los daños que nos era posible, pensando que tiempo llegaría en que el buque nos sirviera para escapar.

Había aclarado la mañana de Pascua, trayéndome tan tristes reflexiones, que me puse nerviosamente inquieto e incapaz de

permanecer tranquilo a bordo de mi buque. Todo me hacía recordar mi hogar por la fuerza misma del contraste; los rostros huraños y salvajes que me rodeaban; una lengua extraña, que se hacía aborrecible por los juramentos e imprecaciones que tenía que oír; la vegetación estival; el calor—todo tan opuesto a cualquier cosa relacionada en mi ánimo con la estación; el recuerdo de las escenas terroríficas que había presenciado; el peligro presente en que me hallaba y del que aún habría de ofrecérseme—todo pesaba sobre mí, de tal modo, que se me hizo absolutamente necesario cambiar de sitio.

Resolví dirigirme a tierra; y así, tomando un bote, acompañado de Tapia y de algunos de sus hombres, remamos hacia la playa y bien pronto llegamos al cuartel.

Aquí todo era confusión, tal, que inmediatamente deseé volverme a mi buque. Los soldados en su mayoría estaban sobre las armas, los presos en libertad y mis tripulantes en grupos en el campo de maniobras; y, mirando hacia la casa de Cambiaso, que estaba situada en mitad del

patio, le vi de pie en la puerta, hablando a García y al parecer en estado de gran excitación. No deseando que notara mi presencia, colérico como se hallaba, atravesé despacio el patio, buscando a alguien de quien tener noticias. No pude divisar a Mr. Dunn, pues se hallaba preso todavía, en compañía de los capitanes Avalos y Salas, pero luego me topé con mi antiguo compañero de cárcel, el piloto inglés, y de su boca y de algunos de los chilenos logré averiguar la causa del alboroto.

Durante la última semana y en la precedente habían tenido visitas de los indios y no faltaban razones para pensar que algunos de los últimos visitantes eran espías. El vaquero que cuidaba del ganado perteneciente a la colonia dió noticia de haber últimamente descubierto algunos indios armados, en acecho del ganado, que se ocultaban entre los bosques que rodeaban el campo. Esto despertó las sospechas de Cambiaso, y al día siguiente de mi traslado a la *Florida*, cogió dos muchachos indios, que estaban desde antes en el cuartel, y, aparentemente con el propósito de intimidar

a los indígenas, había ordenado llevarlos a una distancia como de dos millas, a un sitio por donde acostumbraban pasar en su camino al campamento. Allí fueron colgados de los árboles, y alanceados hasta matarlos, cortándoles después las mejillas y narices.

En la mañana del día de Pascua, una mujer india se presentó en la puerta del campamento en solicitud de entrar a ver a un hijo suyo que estaba en los cuarteles. Fué conducida a presencia de Cambiaso, y preguntada por él acerca de los movimientos de los indios y cuándo vendrían otra vez de visita para cambalachar, se contradijo continuamente. Confesó que había visto los cadáveres de los muchachos indígenas, pero al preguntarle quienes se hallaban en su compañía cuando los vió, respondió al principio que «nadie»; y en seguida dijo haber sido enviada al campamento por uno de los caciques, y luego, que estaba rabioso por la muerte de los muchachos. Mientras se la iba interrogando, llegó de carrera al campamento el vaquero con la noticia de que los indios estaban matando el ganado y llevándoselo.

Cambiaso pasó revista apresurada a su tropa montada, armándola con fusiles y laques, y en seguida, dejando bajo custodia a la india, salió al galope con su gente en persecución de los merodeadores. Los indios sintieron luego la alarma y montando sus caballos más veloces se pusieron fuera de su alcance, dejando tendidas en el campo de pastoreo las reses degolladas. El, sin embargo, puso luego a su gente sobre la pista y encargándole la persecución de los indios, regresó de galope al campamento, terriblemente exasperado. Anduvo recorriéndolo y ordenó a los guardias que trajeran a la india, diciendo a gritos: «sáquenla; mátenla; fusílenla, que no me ha de contar más mentiras»! Fué sacada fuera a la rastra; resistíase ella cuanto podía y clamaba porque le perdonasen la vida, llamando a su hijo y pidiéndole auxilio. Sus súplicas fueron inútiles y ni siquiera escuchadas. Cambiaso al punto reunió un pelotón de soldados y dispuso que se la arrastrara hasta un árbol, a cuyo pie fué atada. El en persona dió la orden de hacer fuego. Seis u ocho balas la alcanzaron, y como aún se

retorcía en la agonía y continuaba sus chillidos de socorro, uno de los soldados, ante una seña de Cambiaso, se acercó a ella y con una cachiporra le dió un golpe en la cabeza, que la hizo callar para siempre. Su cadáver se hallaba colgado del árbol cuando penetré en el patio.

El piloto inglés, de quien obtuve la mayor parte de estas noticias, y que había podido andar casi sin ser vigilado por todo el campamento después de mi partida de los cuarteles, me contó que jamás había visto a Cambiaso en tal estado de excitación, y que García trató de tranquilizarlo, aunque sin resultado alguno.

La tropa andaba todavía fuera, en persecución de los indios, y había gran expectación en el patio sobre si los alcanzaría y apresaría. La creencia general parecía ser de que los indios, al ver el estado de desorganización y debilitamiento en que se hallaba la colonia, hubieran proyectado llevarle un ataque repentino y degollarlos a todos para apoderarse del botín que pudieran conseguir. Lo que por mi parte deduje fué que alguna partida de indios

había llegado al sitio aquél en una de sus visitas acostumbradas, y que, al hallar los cuerpos de los muchachos en el camino, despacharon a la mujer como espía. No puedo explicarme a qué se debió que, sin esperar su regreso, dieran comienzo a la matanza y arreo del ganado, a no ser que los vaqueros fuesen tan pocos y tan fácilmente supeditados, que la tentación les resultase demasiada.

A eso de la una de la tarde, logré persuadir a Tapia y su gente que nos dirigiésemos de nuevo a bordo, y en verdad que me consideré bien afortunado al llegar a mi nave.

Resolví no bajar otra vez a tierra, a no ser que a ello fuese forzado, y alejarme de Cambiaso cuanto me fuera posible. Cincuenta proyectos de evasión se me habían pasado por la imaginación. En ocasiones, abandonar el buque y atravesar las tierras de los indios, pero de ello me hizo desistir el miedo de perecer de inanición; algunas veces, reunir el suficiente número de mis tripulantes y de los presos que me eran adictos de los que se hallaban a bordo para

navegar y escaparnos de ese modo; pero la *Florida* se hallaba bajo el fuego de los cañones del fuerte y resultaba imposible la maniobra de ponerla en franquía. Además, sentía gran repugnancia a todo plan de fuga en que tuviese que dejar a mis compañeros de sufrimientos, Mr. Dunn, el capitán Avalos y otros en poder de los piratas. Me pareció, pues, que no cabía otra cosa que esperar el curso de los acontecimientos y aprovecharme de cualquiera circunstancia favorable que pudiera presentarse.

En la mañana del 26, varios individuos de los cuarteles llegaron a bordo a visitarnos, como lo hacían a veces, y de ellos supe que los soldados despachados en persecución de los indios habían regresado sin poderlos alcanzar, después de seguirlos durante doce horas; y que en tierra reinaba no poco sobresalto ante la idea de que los indios volviesen en número bastante para atacarlos durante la noche.

Deseo había tenido de ver a algún indígena de Patagonia, dominado por mis creencias de muchacho de escuela, de que eran gigantes, como nuestros geógrafos comun-

mente lo dicen. Durante mi encierro en el cuartel, uno o dos de ellos habían estado en el patio y los vi desde mi ventana. Ciertamente que eran de gran estatura, pero de ningún modo alcanzaban a la medida que mi imaginación de niño les atribuía. Hasta entonces se habían mostrado amistosos con los colonos, probablemente a causa del temor que les inspirara el gobernador Gamero y la severa disciplina mantenida por él; pero se aseguraba que distaban mucho de ser cobardes y que se tornaban brutales e inhumanos con el ardor de la pelea. Siempre creí que Cambiaso les tenía cierto miedo, a juzgar por dos o tres observaciones que a su respecto me hizo una vez que otra.

Durante los dos o tres días que siguieron al alboroto de los indios, Cambiaso mantuvo una estricta vigilancia y todo visitante a la *Florida* desde tierra, me llevaba noticia de la alarma reinante entre los revoltosos. Por fin supe que debíamos todos dejar la plaza y que la colonia sería abandonada. Con instancia pregunté a Tapia, por quien supe esto, si podría decirme a dónde nos iríamos;

pero llegué a comprender que no estaba más enterado que yo respecto al lugar de nuestro destino, pues en realidad sus noticias procedían de lo que había observado en tierra y de sospechas de la gente que le rodeaba. Sentíme deseosísimo de bajar a tierra y de procurar descubrir por mí mismo lo que hubiera de verdad en semejante noticia, pero el recuerdo de mi última visita y de los riesgos que pudiera correr en ella me hicieron desistir de semejante propósito. Sólo pude interrogar a Tapia, que iba al fuerte con bastante frecuencia, y quien parecía tan ansioso como yo de saber lo que se pensaba hacer. Era manifiesto que la gente no confiaba en Cambiaso; que temían se apoderase del tesoro y de uno de los buques y que los abandonase a merced de los indios o del Gobierno de Chile, una vez que la noticia de la revuelta llegase a Valparaíso. Eso no parecía improbable; pero, en cuanto a mí, pensé que Cambiaso estaba haciendo algunos preparativos para unirse a la facción revolucionaria del General Cruz, en la provincia de Concepción, porque me hallaba persuadido de que por

algún medio había tenido comunicación con ella antes de su levantamiento contra Gamero. En varias ocasiones durante sus conversaciones conmigo se había manifestado ardiente partidario del General Cruz; y en una de ellas, en respuesta a mis quejas por los daños causados a mi buque y a mí, me declaró que si el General Cruz lograba derribar al Gobierno en Santiago, cuanto tocase a lo que me había ocurrido sería arreglado satisfactoriamente, y que no tendría motivos de quejarme. Al hablar así, claro está que se refería a mis pérdidas pecuniarias. Ninguna reparación cabía en lo tocante a las atrocidades infligidas a mi amigo Mr. Shaw, si bien en la escala de las injurias, en concepto de Cambiaso, la pérdida de hacienda era de más valía. A eso del 29 o 30 de Diciembre varios operarios fueron enviados a bordo de la *Florida*, evidentemente con el objeto de hacer los preparativos de marcha. Su nombre, que estaba muy bien pintado en la popa, fué raspado, se puso sobre él una capa de pintura y en su lugar la palabra «Inesperado». Leña, agua y provisiones en abundancia se em-

barcaron en la *Florida* y en la *Elisa Cornish*, y ambos buques se pusieron en el mejor predicamento que era posible de parte de aquellos obreros sin ninguna experiencia de las cosas de mar.

Esos trabajadores se aprovecharon de la ocasión para saquear ambos buques, escondiendo cuanto objeto de valor les cayó en las manos y echando al agua lo que les pareció inútil. Entre otras cosas, tropezaron con dos sacos de metal de plata, que se habían escapado de la primera busca en la *Elisa Cornish*, y a no dudarlo se habrían adueñado de este tesoro, a no haberse hallado junto a ellos el piloto inglés cuando lo descubrieron, que les amenazó con denunciarlos. Los sacos valían cada uno cerca de doscientos pesos.

En la mañana del último día del año, Cambiaso en persona vino a bordo, acompañado de sus edecanes, armado de todas armas, evidentemente con el intento de rodearse de cuanto pudiera impresionarnos respecto a su autoridad. Fué a la cámara, y de allí me mandó llamar. Cuando entré, estaba sentado junto a la mesa, con las

pistolas puestas a su lado, y vestido de gran parada. Me recibió con mucha política y me ofreció asiento, y luego comenzó por decirme que las señales de hostilidad que los indios manifestaban hacia la colonia y la dificultad de obtener provisiones para su gente, le obligaban a abandonar la plaza, y que había resuelto mantenerme a su lado para que gobernase el buque; y que esperaba usase de toda mi habilidad y de obedecer sus órdenes al pie de la letra en lo relativo a la marcha del buque. Respondíle muy tranquilamente que no me dejaba elección posible, y puesto que me hallaba en su poder, debía forzosamente respetar sus órdenes; que en lo concerniente a usar de mi mayor habilidad, tenía bastante que mirar por mi propia vida y las de mis tripulantes en una tan peligrosa navegación, para no emplear la mayor que tuviera. Mi frialdad parece que no le molestó, porque se sonreía mientras hablé, y poniéndose de pie, dijo: «Usted será bien vigilado, señor capitán, y mal le ha de ir si usted da la menor causa de sospecha». Después de recorrer el buque y dar algunas órdenes a

los trabajadores, se preparaba para partir cuando le dije, que si quería darme autorización, yo me encargaría de dirigirlos en las reparaciones que el buque necesitaba para que quedase en estado de navegar. Consintió en ello, al parecer muy de buen grado, y metiéndose en el bote comenzaron a remar hacia tierra.

Llegó el día de Año Nuevo, claro, brillante, como de verano, y desde temprano en la mañana todos los botes se ocuparon con ardor en traer de tierra a los colonos a los dos buques. Mi tripulación y la de la *Elisa Cornish* fueron enviadas a sus respectivas naves, y mi antiguo compañero, el piloto inglés, fué puesto al mando de esa última.

Harto que hacer tuvimos en ese día de Año Nuevo. Hombres, mujeres, niños, provisiones, agua, equipajes y demás por el estilo se apiñaban a bordo de mi nave, y mi ingenio debía aguzarse hasta lo último para dar cabida a todo. Cerca de doscientos colonos fueron colocados a bordo de la *Elisa Cornish*, y cerca de doscientos sesenta en la *Florida*. Cambiaso, con García y sus demás oficiales, tomaron posesión de la

cámara y de los camarotes, y trajeron consigo a Mr. Dunn, al capitán Avalos y algunos otros. Los restantes fueron amontonados en la bodega con los soldados. Se me permitió ocupar mi camarote, como capitán de la nave, y los pilotos y tripulación se pusieron a mis órdenes. El tesoro fué colocado en el camarote de Cambiaso, o cerca de él, metido en cajas de madera bien clavadas. Resultó así que todos los presos de importancia fueron embarcados en la *Florida*, probablemente para tenerlos bajo la inmediata vigilancia de Cambiaso. Con todo, el capitán Salas fué enviado a la *Elisa Cornish*.

Entre nuestros pasajeros se contaban unas cien cabras, y como no teníamos jaulas en qué guardarlas, se les puso unos cuantos perros como guardas, cuyas funciones eran mantenerlas dentro de sus linderos. Dos docenas de cerdos debían gozar de los privilegios de la cubierta en unión con las cabras.

En la tarde del 1.º de Enero logré cambiar unas cuantas palabras con el capitán Avalos y Mr. Dunn, que habían sido enviados a bordo momentos antes de oscurecerse.

Contáronme que se sacó cuanto de valor existía en el fuerte, que lo trasportable había sido enviado a bordo y que los objetos demasiado pesados para ser trasladados y de mucho valor para ser dejados a los indios habían sido quemados en diferentes sitios alrededor del campamento y en el patio del cuartel, por orden de Cambiaso. Creían que abrigaba el propósito de regresar a la colonia en caso que se presentasen dificultades durante la navegación, y que a esa causa no quería dejar nada a los indios. No pudimos hablar largo, en vista de hallarse presentes varios oficiales, que sin duda nos vigilaban.

CAPÍTULO VII

Ordenes de Cambiaso.—Nos hacemos a la vela.—Bahía de Wood.—El viejo buque francés.—Pelea de borrachos.—Condena del oficial.—Intervención de García.—Desertores en Bahía Wood.—Queda atrás la *Elisa Cornish*.—Tiempo tormentoso.—De nuevo en Punta Arenas.—Los indios.—Cabo Gregorio.—Entrevista con Cambiaso.—Sus promesas.—Conversación con Mr. Dunn.—Mi determinación.

EL 2 de Enero nos hallábamos listos para hacernos al mar, y temprano en la mañana Cambiaso llegó a bordo. Me llamó a su camarote, y después de renovar sus amenazas en caso de que notara cualquier signo de desobedecimiento a sus órdenes, me entregó un papel en que se hallaba escrito el rumbo que debía seguir el buque en su navegación. Lo abrí en su presencia, pensando que, si era necesario hacerle alguna observación, lo mejor sería verificarlo luego. El papel me ordenaba navegar hacia el oeste

al través del Estrecho hasta el cabo Pilar; en seguida al noroeste cuarta al norte hasta los 82° de longitud oeste; de allí al norte hasta la latitud de la isla Marica; después, hacia ella, para dar fondo en su parte oriental, y esperar allí nuevas órdenes. La *Elisa Cornish* debía seguir a la *Florida*, y durante la noche ambos izarían como señal un farol en lo alto del palo mayor.

Luego que acabé la lectura, me hizo presente que esas eran sólo mis instrucciones generales, y que diariamente me presentara ante él para otras más especiales que pudieran ocurrir; y que mientras navegáramos por las aguas del Estrecho su deseo era anclar en diferentes puntos.

A eso de las diez de la mañana se disparó un cañonazo de la *Florida* y ambos buques levaron anclas y tomaron la derrota del Oeste. Andábamos poco y trabajábamos con escaso resultado por causa del abandono en que ambas naves habían permanecido durante un mes y por tener, además, las jarcias y aparejos muy gastados y usados. El sábado 3 llegamos a Port Famine, y allí se nos dió orden de fondear hasta el

lunes por la mañana, durante cuyo tiempo la gente estuvo ocupada en embarcar más leña y agua, en tanto que yo me dedicaba por entero a ver modo de acomodar a los pasajeros en la mejor manera que fuera posible. En esta tarea fuí secundado muy eficazmente por Mr. Dunn y el capitán Avalos, cuya situación me esforzaba por hacer lo más confortable posible y a cuya subsistencia proveía de mi rancho.

El domingo en la tarde, hallándome sobre cubierta, uno de la bodega pasó junto a mí llevando debajo del brazo un atado, y acercándose a la borda trató de echarlo al agua. Sujetéle, preguntándole qué cosa era. Sin embarazo alguno destapó el atado y me mostró el cadáver de una criatura que había nacido la tarde en que los colonos se embarcaron y muerto en esa mañana. El bestia, que supuse sería el padre, había puesto pedazos de hierro en el envoltorio que encubría a la infeliz criatura para asegurar su hundimiento. Obliguéle a que bajase a tierra y la enterrase, usando de mi autoridad de capitán del buque. Me aproveché de toda ocasión para ejercitar esta

autoridad, en la persuasión de que me había de ser útil en lo futuro. La madre falleció durante el viaje.

Partimos nuevamente el lunes por la mañana y en la tarde del 6 llegamos a la bahía de San Nicolás. Aquí estuvimos fondeados toda la noche, y el miércoles por la mañana continuamos nuestro viaje siguiendo al Oeste, hasta la tarde del jueves, en que estuvimos a la vista de la bahía de Wood, cabo Holland. Cambiaso me envió a llamar cuando nos acercábamos a la bahía y me declaró que tenía intención de que permaneciésemos en ese fondeadero por algún tiempo. Su propósito era extraer licor de cierto viejo buque francés que había naufragado allí hacía algún tiempo, y que aún se veía con gran parte de su casco fuera del agua²⁰. Logramos fondear en la tarde, y en la mañana siguiente se despacharon soldados que desembarcaran para descargar el buque náufrago y sacar el licor que aún no había sido dañado por el agua.

Algunas pipas y barriles fueron extraídos

20. Se llamaba *Garonne*.

intactos y trasbordados a la *Florida*, si bien muchos resultaron abiertos, ya casual o intencionalmente, para dar comienzo luego a escenas de desorden y borrachera, que duraron por dos o tres días. Oficiales, soldados, marineros, todos se emborracharon, pareciendo que Cambiaso y García tenían tan poco dominio sobre ellos como yo. En verdad, la tentación resultaba muy fuerte para Cambiaso mismo, de tal modo, que sólo Mr. Dunn, García y yo éramos casi los únicos que conserváramos el dominio completo de nuestros sentidos.

Recuerdo un caso en que ejercité mi autoridad de capitán de la nave de manera un tanto violenta. El ocupante de uno de los camarotes, el médico de la colonia durante la administración de Gamero, y un francés habían bebido lo bastante para meter bulla e incomodar, tanto en el camarote como sobre cubierta. Por último se fueron al botazón de foque, con hurras y gritos. Me presenté allí para decirles que se entraran, y como no me hicieran caso, llamé al único marinero que estaba fuera para que les obligara a ello, y como esto resultara tam-

bién inútil, perdiendo la paciencia, los cogí del cuello y les obligué a que bajaran a la cámara. Me quedé en espera de que se quejaran a Cambiaso y que tendría que lamentar esta conducta mía un tanto violenta, pero nunca me dijo nada.

En la noche del domingo pareció que el bullicio se había acabado por sí solo, y la gente, dormida ya su borrachera, comenzó poco a poco a volver a sus faenas. Sin embargo, esa noche Cambiaso se hallaba de un humor terrible, renegando de todo cuanto le rodeaba y dando las órdenes más contradictorias, que resultaban imposibles de cumplirse. Uno de sus oficiales tuvo la mala idea de hacerle alguna observación, que le molestó, hallándose aún medio borracho, lo que le valió ser aherrojado y enviado a bordo de la *Elisa Cornish* con escolta de soldados y orden de que se le amarrara al palo mayor y a las doce de la noche se le fusilara. Sus hombres obedecieron, pero pude notar la indignación mal contenida de los demás oficiales y que el general García, después que Cambiaso se retiró a su cámara, se adelantó hasta el oficial que

estaba encargado de la translación y debía presidir la ejecución, y con el pretexto de que Cambiaso se hallaba borracho y debía modificar su orden, le autorizó para postergar la ejecución por una hora o dos, hasta enviarle noticias suyas. Me fijé en el aspecto del reo cuando se encaminaba al bote, sin notar en su semblante más que fiereza, indignación y marcado aborrecimiento, hasta el punto en que abandonaba la cubierta, a tiempo que se oyó un chillido de mujer. Era su esposa, que, confinada en la bodega, nada había sabido hasta entonces de lo que ocurría, y corría en ese momento sobre cubierta con un niño en brazos. El rostro del hombre se demudó cuando ella se le colgó del cuello, gritando de la manera más lastimosa; pero los soldados la separaron de él con rapidez y de prisa lo condujeron al bote. Me acerqué a la mujer y procuré consolarla, contándole la intervención de García, si bien entre sus sollozos y mi mal castellano me imagino que muy poco de cuanto le dije llegaría a entender.

García había abandonado la cubierta para bajar al camarote de Cambiaso, donde

permaneció cerca de dos horas, tratando de ablandarle en solicitud de que perdonase la vida al oficial. Al fin subió victorioso. Se envió un bote a la *Elisa Cornish*, se trajo de allí al oficial y fué devuelto a su mujer²¹. Este y otros actos humanitarios del general

20. Oigamos de boca del mismo García la relación de este incidente: «El 12 tuvo Cambiaso una disputa por una botella de licor con el sargento Rafael Cabello; de resultas de esto lo mandó preso al bergantín: a las dos de la mañana me dijo que a las cuatro no existiría, porque había ordenado a Briones, jefe de la tropa, que lo hiciese fusilar. Me empené fuertemente a fin de conseguir la vida de este hombre; pero Cambiaso a nada accedió. Luego que éste se recogió, escribí un oficio a Briones y le dije, a nombre de Cambiaso, que mantuviera preso a Cabello, pero que no lo fusilase. Briones me contesta que cumplirá la orden de su general Cambiaso; inmediatamente me marché a bordo, y le hablo a Briones, y me encuentro que tenían ya amarrado a Cabello y los tiradores listos: le repito que Cambiaso decía no se fusilase a Cabello, y conseguí me obedeciesen.

«Al día siguiente muy de mañana me voy al camarote de Cambiaso y le hago ver el paso que había dado, contrariando sus órdenes, pero que al hacerlo tenía presente accedería en dejar preso a Cabello y no fusilarlo; que mirase por sus pequeños hijos y la mujer, que había estado resuelta en la noche a arrojarle a la mar con sus hijitos, tan pronto como hubiese sentido los disparos; que todo me había obligado a fingir esa orden. Le manifesté que Cabello estaba muy arrepentido de haberle faltado.

«Accedió a mis súplicas y mandó llamar a Briones para reconvenirlo porque me había dado crédito y no había fusilado a Cabello».—*Cambiaso*, p. 306.

García me impresionaron vivamente por esos días, inclinándome a dar fe a los asertos que hizo más tarde de que se había unido a Cambiaso sólo a la fuerza y de miedo a perder la vida.

El lunes 12 se levantó una tormenta terrible; pero en la tarde Cambiaso comenzó a despachar a algunos de sus hombres a tierra, para que lavaran su ropa, según decía. Parecióme éste un proceder muy extraño y vigilé sus movimientos con alguna ansiedad. En la noche fueron desembarcados unos cuarenta y cuatro, y después de la última vez que regresó el bote, fué izado y colocado en su sitio. Cambiaso entonces, bajo su inmediata dirección, ordenó cargar con dos balas cada uno de nuestros cañones de cuatro libras y el pedrero, apuntando este último hacia popa. Cuando esto estuvo hecho, se envió orden a la *Elisa Cornish* de levantar anclas y acercarse a tierra. La *Elisa Cornish* sólo disponía de dos cañones y así no se hallaba totalmente indefensa. Cambiaso declaró que si el pobre piloto intentaba seguir a la *Florida* le cañonearía y lo hundiría, a la vez que me ordenó levar

anclas y dirigirme hacia el Este. Ahora me di cuenta de sus planes. Los hombres desembarcados en la bahía de Wood debían ser dejados allí para perecer de inanición o caer en manos de los indios; la *Elisa Cornish* y sus doscientos pasajeros abandonados a su suerte; en tanto que la *Florida* (a cuyo bordo se hallaba todo el tesoro y los principales secuaces de Cambiaso) debía servir para trasportar a los piratas a lugar seguro. Me estremecí ante la idea sola de hacerme cómplice, aunque forzado, de crueldad semejante, y me atreví a hacerla ver a Cambiaso, —no, sin embargo, por la barbaridad que implicaba, que en realidad habría resultado de ningún efecto,—sino por el riesgo que correría la *Florida* al intentar una navegación como ésa, tan peligrosa, en una noche cerrada y oscura; y con el viento fortísimo que soplaba de tierra. Díjele que no era seguro el partir, y que no respondía de nosotros si no lo hacíamos hasta que viniese la mañana; pero ni siquiera quiso oírme, tildándome de cobarde y ordenándome perentoriamente que ejecutase lo que mandaba.

Hice, en verdad, cuanto estuvo a mi alcance para evitar que el buque diese durante la noche en la costa, habiendo continuado a tormenta hasta el amanecer, y esperando por momentos naufragar. No podría asegurar si lo lamentaba mucho. Me parecía lo mismo caer en manos de los indios o permanecer entre tales gentes, ya que nuestras expectativas de escaparnos eran las mismas en tierra que en el mar.

La mañana del miércoles, con todo, nos hallamos de nuevo frente a Punta Arenas, y a eso de las nueve enderecé rumbo a la bahía, por orden de Cambiaso. Se arrió entonces el bote y algunos hombres recibieron orden de ir a tierra para traer ciertas provisiones que se habían dejado; pero, desconfiando sin duda de las intenciones de Cambiaso y temerosos de que los abandonara, como les había acontecido a sus compañeros en la bahía Wood, se negaron a partir, alegando que se divisaban algunos indios que andaban por los cuarteles. Con ayuda de mi antejo vi que lo que tomaban por indios eran barriles y troncos de árboles, pero prudentemente me callé. Cam-

biaso montó en cólera y comenzó a proferir amenazas, pero los hombres se mantenían obstinados e inmóviles, e interviniendo nuevamente García, me ordenó con aspereza que prosiguiera, y se retiró a su cámara. Esa tarde fondeamos frente al cabo Gregorio.

A eso de las diez, cuando la guardia nocturna había terminado y todo se hallaba en reposo a bordo, Mr. Dunn y yo fuimos citados a su cámara. En ese último tiempo, siempre se había llamado a Mr. Dunn cuando Cambiaso quería impartirme alguna orden; mi mal castellano parecía irritarle, a la vez que Mr. Dunn servía de intérprete para poder entender mejor lo que disponía. Cambiaso nos recibió muy cordialmente, nos invitó a sentarnos, y comenzó por decir lo muy satisfecho que se hallaba con la destreza de que había dado pruebas en el gobierno del buque. Estaba hasta jocoso, preguntándome si era buen tirador de pistola, pues abrigaba el proyecto de tener un duelo conmigo; en seguida, señalando una botella de champaña que estaba sobre la mesa, dijo: «esta es la pistola con la cual

pretendo cambiar tiros con usted», y destapándola, nos hizo beber a los dos con él. En seguida, dirigiéndose a Mr. Dunn, le dijo: «mi buen amigo el señor capitán está molesto por los bribones que dejé en la bahía de Wood; sabe, como usted y yo, que hay una sola manera de deshacerse de tales individuos. Son bribones, y nada es bastante duro para ellos. En este mundo, uno debe cuidarse de sí mismo.»

Mr. Dunn le dijo que yo había estado indeciso para partir por causa de la noche tan oscura y lo intrincado de la navegación, temeroso de dar con el buque en la costa. Cambiaso movió su cabeza: «no, no, ustedes son tan blandos de corazón como mujeres. Supongo que ahora se sentirían atemorizados si viesen derramar sangre; pero en ocasiones uno no puede salir del paso sin ella».

Contestéle que podría batirme como cualquiera otro hombre, si para ello viese necesidad, pero que no me agradaba abandonar al piloto inglés y su tripulación, ni aún a sus *secuaces*, para perecer de inanición, o que cayesen en poder de los indios. Esto lo hizo

reir fuerte, pero, cambiando repentinamente de tema, me preguntó si tenía mujer e hijos. «Sí, le contesté, en mi patria». «¿Cuántos pequeñuelos?», añadió; «y supongo que tendrá usted deseos de volverlos a ver. Bien, pero usted deberá privarse de eso por algún tiempo todavía; porque si usted respeta mis órdenes, usted podrá regresar a su tierra con el dinero suficiente para no separarse más de su lado».

Le respondí que había obedecido sus órdenes desde que había convenido en ello, y que habría de continuar dirigiendo el buque tan bien como supiera, si eso era lo que pretendía de mí. «Sí», replicó, luego que mi amigo le tradujo mi respuesta, «sí, sí, esto es lo que por el momento necesito, y os prometo a ambos que no os daré motivo de pleito; todo lo que les pido es que permanezcan tranquilos si ven derramar sangre». Nada repusimos a esto; hasta que, después de un momento de silencio, y echándonos una mirada por bajo de sus largas pestañas, agregó: «Alguna compensación he de otorgarle por esta demora, capitán Brown, si me sigue, y a usted tam-

bién, señor secretario. Si usted obedece mis órdenes y me deja en salvo en el lugar de mi destino, usted regresará a su casa y familia con veinte mil pesos, capitán; y usted (dirigiéndose a Mr. Dunn) tendrá seis mil, si me sirve de fiel intérprete». Se puso de pie al decir esto, señalando la puerta del camarote, repitiéndonos al separarnos que todo lo que esperaba de nosotros era que le fuésemos fieles.

Era ya tarde de la noche, pero en vez de recogernos, Mr. Dunn y yo nos dirigimos a un costado del buque, donde no nos pudieran oír el centinela y los pocos soldados que estaban sobre cubierta, para hablar acerca de la entrevista que acabábamos de tener con el General. Sabíamos que los que nos rodeaban estaban impuestos del llamado que nos había hecho Cambiaso y que en su compañía permanecimos durante un rato; por consiguiente, era natural en ellos suponer que deseáramos conversar acerca de lo que nos hubiera dicho, pues rarísima vez sucedía que tuviéramos ocasión de cambiar unas cuantas palabras siquiera sin notar que se nos vigilaba por nuestros celosos carceleros.

Comencé por decir a Mr. Dunn que no me había parecido bien la conversación con Cambiaso; no podía confiar en sus manifestaciones amistosas ni por un momento; y que creía todo estaba enderezado a engañarnos y a ocultar sus verdaderas intenciones.

«Pero—repuso Mr. Dunn,—no puede pasarse sin usted, mientras permanezca a bordo de la *Florida*, y ahora que ha abandonado la colonia y dejado atrás al bergantín, debe tener en vista algún puerto». «Sí, le dije, se valdrá de nosotros mientras nos necesite, pero siempre que esté en su mano, jamás nos dejará escapar a lugar alguno en que podamos poner a la justicia en seguimiento suyo. Confiar en él, sería cegarnos voluntariamente; algún plan diabólico madura en su cerebro; muy luego ha de emprenderlas con nosotros».

Mr. Dunn parecía grandemente preocupado al responder. «Convengo con usted en que más de la mitad de lo que usted dice es exacto; el bribón estaba a más de media borrachera esta noche y se alargaba a decir más de lo que quería. ¿Le vió usted la cara

cuando nos ofertó dinero? Pero, ¿qué planes puede abrigar? ¿A qué puerto piensa dirigirse?»

Esto trajo a mi memoria una conversación que días antes había tenido con uno de los oficiales, principal confidente e inspirador de Cambiaso, hombre quien, por raro accidente, cambiara conmigo una palabra hasta ahora. El, valiéndose de la ayuda de un marinero, chileno, pero que hablaba medianamente el inglés, me interrogó acerca de la duración del viaje a Río Janeiro, de las vecindades de ese puerto, del desembarco allí y de otras cosas por el estilo. Así se lo repetí a Mr. Dunn, y ligando esta conversación con el completo cambio de órdenes de Cambiaso después de su abandono de la colonia, su manifiesta intención de proseguir su viaje en dirección al oriente, la cantidad de provisiones que tenía almacenadas en la *Florida* y otras menudas indicaciones de la propia índole, nos llevaron a la conclusión de que su objetivo era Río Janeiro, y que teníamos ya una clave de sus planes.

Más aún, estaba persuadido, y al fin re-

duje a Mr. Dunn al mismo parecer, de que sus amistosas expresiones respecto a nosotros y sus ofrecimientos de dinero eran del todo mentirosas; sus ofertas eran también muy subidas. Sabía que todo el tesoro que iba a bordo no pasaba de ochenta mil pesos, de cuya suma mal podía participar con 26 mil a hombres a quienes tenía completamente en su poder; y dándolo de barato, cuando ya no necesitaba de ellos para nada. Mucho después, a mi regreso a Valparaíso, supe que mis sospechas eran fundadas; porque García y otro de los oficiales de Cambiaso, perdonados que fueron ambos por el Gobierno de Chile, me contaron que el plan de Cambiaso había sido llegar en la *Florida* a un paraje deshabitado de la costa del Brasil, probablemente a las inhospitalarias playas de la provincia de Santa Catalina; obligar allí a los más de sus secuaces a desembarcar y manejarse como pudieran, usando para el caso de alguna estratagema parecida a la que tan buen resultado le dió en Cabo Holland; conservando a bordo a sólo sus amigos íntimos, y a mí y mis tripulantes. Al llegar a la bahía

de Río Janeiro y lo suficientemente cerca de la playa para alcanzarla en bote, él y sus camaradas debían asesinar a mí y a mis tripulantes, hundir el buque y escaparse con el dinero al puerto; allí se dividirían el botín, y se desbandarían, siendo el intento de Cambiaso tomar pasaje a bordo de un vapor para Europa, y el de sus oficiales buscar un país extraño cualquiera que les conviniese y refugiarse en él.

Mr. Dunn y yo nos separamos plenamente convencidos en la desconfianza hacia Cambiaso, con renovado propósito de reforzar nuestra resolución de escapar de sus manos. Después que llegué a mi cama, dando y tomando sobre los peligros que corríamos, asaltóme el pensamiento de la posibilidad de apoderarme del buque. Miles de dificultades y peligros se me ofrecían para intimidarme en ese propósito, si bien la expectativa de éxito pareció sobreponerse a toda incertidumbre; gasté el resto de la noche en madurar mis planes, medir las probabilidades de resolución y fidelidad que podría hallar entre mis tripulantes, añadiendo a esto la probabilidad de que se

nos unieran algunos de los presos que andaban libres.

En la mañana tenía ya tomada mi resolución para intentarlo, levantándome determinado a no perder tiempo y a efectuarlo, si fuera posible, en ese mismo día.

CAPITULO VIII

Plan para recuperar el buque.—Mr. Dunn.—El capitán Avalos,—Prieto.—El cabo.—Tres campanadas.—La lucha.—Cambiaso dominado.—García.—Hurra por el triunfo.—La tripulación me jura fidelidad.—Curso del viaje.—Cambiaso con grillos.—Su cobardía.—Los presos del entrepuente.—Río Gallegos.—Viaje por el Cabo de Hornos.—Intentos de revuelta.—Peligro que corrimos.—Llegada a San Carlos.

MIÉRCOLES, 14 de Enero, dejamos atrás el Cabo Gregorio y continuamos nuestra derrota hacia el Este, en dirección a la boca oriental del Estrecho. En la mañana temprano hablé con Mr. Dunn y le comuniqué mi determinación. Lo encontré decidido y deseoso de acompañarme en la empresa, conviniendo conmigo en que mientras más pronto era mejor; así, resuelto a apurar las cosas, nos separamos,—él con el intento de sondear a los presos y soldados que creía podían reunírseles.

Había varios de los hombres de mi tri-

pulación en quienes no podía confiar, en vista de que con frecuencia se les veía en conversaciones íntimas con los secuaces de Cambiaso; de tal modo, que después de pensarlo, resolví no comunicar mis planes a ninguno de ellos, y mucho menos a los que, sabedores de cuales eran, pudieran traicionarnos en favor de Cambiaso; pero en el transcurso de la mañana hablé a algunos de los que me merecían confianza, y les interrogué por separado si saldrían en mi auxilio y obedecerían mis órdenes en caso de conflicto. Todos me contestaron hallarse prontos, y uno de ellos con juramento añadió «hasta la muerte, capitán». Logramos en la mañana ponernos al habla con el capitán Avalos, hallándole tan resuelto como lo estábamos nosotros.

Pasamos el día llenos de ansiedad, porque bien sabíamos que la lucha que se aproximaba era de vida o muerte para nosotros; un paso en falso y estábamos perdidos; una palabra ociosa o reveladora de aquellos en quienes nos veíamos obligados a confiar, y nos hallábamos a merced de semejantes villanos, a quienes sentimiento alguno hu-

manitario podía refrenar. El tiempo era bueno y el viento favorable, y a eso de entre las ocho y nueve de la noche, pasamos el Cabo de la Posesión, dejándolo al noroeste. Me hallaba sobre cubierta a cargo de la guardia de babor, cuando Mr. Dunn me avisó que tenía conseguida la ayuda de doce hombres, además de mí. Esos eran de los soldados que habían estado a las órdenes del capitán Avalos; algunos de los presos que hicieron el viaje con nosotros y que tan amistosos se mostraron durante nuestro encierro en Punta Arenas, y uno o dos de los propios secuaces de Cambiaso, que se habían manifestado disgustados de su tiranía, y a quienes Mr. Dunn les hizo entrever la expectativa de que serían perdonados, si es que lográbamos salir con nuestro intento. Entre ellos estaba mi antiguo guardián Prieto, a quien era deudor del libro de himnos, que tan gran fuente de consuelo fué para mí. Ideamos nuestro plan de la manera más cautelosa. El capitán Avalos y sus soldados debían apresar a los oficiales en sus camarotes, en tanto que Mr. Dunn y yo nos encargába-

mos de guardar la cubierta. Al cabo, que tan bravamente se había defendido al tiempo del apresamiento de la *Florida*, y que se negó a entregar su fusil a menos de recibir orden mía, le confié el ataque al propio Cambiaso; porque durante todo el tiempo de nuestro cautiverio había manifestado tal aborrecimiento hacia él, que me hallaba persuadido se lo hubiera comido vivo si lo lograra a mano.

Durante la noche, Cambiaso y sus oficiales se sentaron al rededor de la mesa del camarote interior entregados a su ordinaria ocupación del juego, y al mirarlos, se descubrían sus sombrías y fieras figuras, al paso que el rumor de sus imprecaciones y risotadas hería mis oídos. Sin embargo, todo estaba tranquilo y en paz; el barco se deslizaba suavemente por el mar, con viento favorable y delicioso. Observaba el extraño espectáculo de las estrellas del Polo Sur, que parecían mirarnos desde la quietud del cielo con mal contenida impaciencia en su aspecto sereno y lleno de paz.

A eso de las once, los jugadores comenzaron a dejar sus asientos y a retirarse uno

a uno a sus camarotes, y cuando el sonido de las ocho campanadas anunció ser llegada la media noche, todo permanecía aún quieto y silencioso a nuestro alrededor. Despaché para abajo al centinela de babor, diciéndole solamente que se hallara preparado para subir sobre cubierta cuando oyera que lo llamaba. El centinela de estribor subió entonces, pero nada le dije de mis planes. La señal debía ser tres campanadas, o como se acostumbra en la jerga de mar, el anuncio de la una y media de la mañana. La escotilla delantera estaba cerrada, y el cuidado de la trasera debía confiarse a Mr. Dunn y a mí. Dos campanadas nos anunciaron que era llegada la una de la mañana, y todos estaban en sus puestos,—el capitán Avalos y su gente, listos en la puerta de la cámara. No se oía ruido alguno, a no ser el tic-tac del reloj de la cámara, y el rumor del agua al azotar los costados de la nave. Ambos ruidos herían mis oídos con dejo de dolor agudo. Por fin, sonaron las tres campanadas y el ruido se produjo en la cámara, al mismo tiempo que yo gritaba «todo el mundo, arriba» y en un instante se me

juntaron mis tripulantes. Mr. Dunn y yo nos hallábamos en la escotilla de popa, y como el ruido de la reyerta llegase hasta la gente que estaba debajo de cubierta, gritamos que nos hallábamos armados y el buque era nuestro, y que al primero que se asomase a la escotilla se le haría fuego.

La reyerta en la cámara continuaba. Avolos había distribuído sus hombres de tal modo que las puertas de todos los camarotes las rompieron en un mismo instante, y algunos de sus ocupantes fueron cogidos antes de hallarse bien despiertos. Cambiaso peleó fuerte, pero fué al fin dominado y atado con cuerdas, pues no teníamos grillos. Durante el cuarto de hora que la pelea duró en el interior, nos hallábamos en suspenso sobre cubierta, sin atrevernos a dejar nuestros puestos, pero sabiendo que todo dependía del buen éxito del capitán Avolos. Apareció por fin con un «¡viva!»; todos habían sido cogidos sin pérdida alguna de vidas, y sin que se hubiera derramado una gota de sangre siquiera. Dió entonces tres hurras por tres veces en celebridad de nuestro triunfo, que lo anunciaban a los presos de abajo.

Pero nuestra obra no había terminado. Avalos y sus hombres recogieron todas las pistolas, cuchillos, fusiles y demás armas que lograron encontrar, llevándolas a la cámara, cargando los fusiles y pistolas, en tanto que yo apellidaba mi gente y les preguntaba si me ayudarían a defender el buque y llevarlo a puerto. Hiciéronlo con la mayor decisión; y la presencia de Mr. Dunn y del capitán Avalos contribuyó a incrementar su entusiasmo, ofreciéndome sus vidas para ayudarme a dominar el buque, y poniéndose por completo a mis órdenes.

Procedí entonces a hacer arriar las velas de la verga mayor hasta que se determinara el camino que seguiríamos, a cuyo efecto se celebró consejo acerca de cuál sería el más adecuado. Algunos propusieron que regresáramos a Punta Arenas; otros, que siguiéramos hasta el primer puerto de las costas del Brasil; pero les dije que no disponíamos del agua suficiente para ir muy lejos, e indiqué la conveniencia de arribar al lugar más cercano en que pudiéramos hacer agua, el río Gallegos, que demoraba en latitud de 51° 39' Sud, y longitud 69

Oeste, en la costa oriental de Patagonia; tomar allí provisión de agua fresca y seguir nuestra derrota a Valparaíso, doblando el Cabo de Hornos. Volver a Punta Arenas me pareció que era ponernos en manos de los piratas que allí quedaban, que podrían fácilmente supeditarnos y libertar a sus jefes y compañeros. Si intentábamos alcanzar la costa del Brasil, me parecía imposible poder sustentar el buque durante tan largo viaje, en vista de que carecíamos de grillos para asegurar nuestros presos, ni teníamos los hombres suficiente para turnarse en su custodia; además, el decirles que seguiríamos a Valparaíso debía ser del agrado de todos, salvo, por supuesto, de los revoltosos.

Se adoptó mi plan, y como teníamos viento favorable, cargué las vergas y enderecé la proa en el acto hacia el río.

Toda la primera parte de la tarde del 15 se gastó en aderezar grillos para Cambiaso, García y otros de los confinados en la cámara. Cuando estuvieron terminados, el cabo y algunos otros entraron en el camarote de Cambiaso para colocárselos en las

manos y pies. Estaba tendido en su cama, amarrado con cuerdas, de pies y manos, y al vernos entrar y comenzar a ponerle los grillos, dijo: «¿van ustedes a fusilarme? Dénme quince minutos para prepararme». Nada le contestaron, pero después de asegurarle los grillos, salieron del camarote, colocando de guardia a la puerta al cabo, su enemigo, y a otro soldado, bien armados, con orden de dispararle al menor bullicio que se produjera entre los presos. Tuvimos cuidado de que oyera nuestra orden, que el capitán Avalos repitió en voz alta en castellano.

Cambiaso se mostró más cobarde de lo que yo esperaba ante el temor de la muerte; pero delante de nosotros parecía conservar su valor como una especie de fanfarronería.

De su cuarto, que era uno de los que se hallaban después de la cámara, pasamos al de García, a quien hallamos acostado, muy tranquilo. No dijo palabra, pero tendió sus manos como para facilitar el que se le pusieran los grillos. Los demás oficiales fueron engrillados y encerrados en sus ca-

marotes, y se puso la guardia más fuerte que fué posible para la cámara.

Después que quedaron asegurados los oficiales, abrimos la escotilla y dimos permiso a los presos de la bodega a que subieran en pequeñas partidas sobre cubierta. Continuamos esa práctica durante el viaje, pues estaban tan apiñados abajo, que vimos que era medida necesaria para escapar al peligro de enfermedades y del contagio, pero nunca lo efectuamos sin gran riesgo y preocupación de nuestra parte.

Antes del medio día, el 15, el viento nos tomó de frente y anduvimos muy poco durante el día y la noche, y escasamente llegamos en mitad del 16 a la boca del río Gallegos.

Luego de estar allí, se levantó viento favorable del Este, soplando fuerte en la costa; y me hallé dudoso sobre si fondearía o no, sobre todo porque el mar parecía alborotado en la costa. Después de alguna reflexión, resolví virar por avante y dirigirme al sur, en la esperanza de encontrar en la costa algún lugar donde hacer agua en condiciones de tiempo más favorables. Al virar

así, me imaginé que era tomar el camino de la patria: a modo de saludo, disparamos los cañones, que habían sido cargados con doble proyectil por Cambiaso, e izé la bandera americana que durante tan largo tiempo había permanecido oculta. Me hallaba grandemente esperanzado en cruzarme con cualquier buque inglés o norteamericano en mi pasaje del Cabo, de los cuales pudiera obtener algún auxilio. No hacía tanto tiempo desde que el *Virago* había partido de Punta Arenas, y esperaba que esa o alguna otra nave de guerra voltegeara por esos mares.

Después de mi salva, volví de nuevo a cargar los cañones, y la más severa disciplina fué implantada a bordo. En esto fuí admirablemente secundado por el capitán Avalos, cuyos soldados se mantenían continuamente alertas; y por Mr. Dunn, que trabajaba junto conmigo en cuerpo y alma. Cambiaso permanecía estrictamente confinado en su departamento, sin permitir-sele comunicar con alma viviente. A los otros oficiales se les autorizaba para subir de cuando en cuando sobre cubierta durante breve tiempo, en busca de aire y ejercicio,

custodiados por una guardia; pero jamás cuando algunos de los presos de la bodega estaban arriba. Nuestros augurios eran terribles; ¡doscientos dos presos, cerca de 22 hombres para custodiarlos y servirlos, y todavía manejar el buque!

Me veía obligado a compeler a los presos a que efectuasen la limpieza de la embarcación, con continuas amenazas de castigo en caso de descuido. El olor que salía de la bodega era a veces insoportable. El cuidado de atender a la alimentación de la tripulación y de los presos lo confié por entero a mi fiel criado, que se desempeñaba bien, trabajando con incansable diligencia. En ocasiones se daba permiso a las mujeres para que subieran sobre cubierta y cocinaran para sus maridos.

El tesoro, que estaba en el camarote de Cambiaso, fué trasladado a la cámara para su mejor custodia, bajo la supervigilancia de Mr. Dunn y del capitán Avalos.

Durante nuestro paso por el Cabo, tuvimos más bien un tiempo agradable, con raras excepciones; pero muy pocos vientos favorables. Esto alargó la duración de nues-

tro viaje, viéndonos cada día más agobiados de la ansiedad y vigilancia. Por lo que a mí toca, jamás me desvestí durante todo el viaje, ni me aventuré jamás a entrar a dormir una noche siquiera a mi cuarto, tomando el descanso que podía sentado en una silla de mi camarote, para hallarme listo a toda hora.

Al pasar el Cabo St. John, en la extremidad oriental del Estrecho, en la tarde del 20 de Enero, nos asaltó un fuerte temporal de viento del oeste-sud-oeste, que se prolongó, con mar gruesa, por espacio de varios días. Durante el temporal perdimos las perchas mayores.

El primero de Febrero otro temporal mucho más fuerte que el anterior nos hizo embarcar gran cantidad de agua en la cámara. No había, en realidad, peligro, pero jamás he visto individuos más asustados que nuestros presos al ver que el agua azotaba las ventanillas de sus cuartos. En cuanto a Cambiaso, resultaba un cobarde completo cuando estaba mareado. Nueve días después sí que nos hallamos en verdadero peligro, cuando asaltó al buque

un vendaval, que rompió la verga mayor en las eslingas. Cuando el temporal pasó, pusimos luego una verga de repuesto y pronto nos hallamos en situación de navegar otra vez.

Fallaron nuestras esperanzas de cruzar algunas naves de las que pudieran prestarnos socorro; y tuvimos gran dificultad para hallar un lugar en que hacer agua; de tal modo, que cuando llegamos a la extremidad occidental del Estrecho nos hallamos tan faltos de agua, que resolví abandonar mi intento de arribar a Valparaíso, y torcer rumbo a San Carlos, el puerto de la extremidad norte de la isla de Chiloé. Tanto más necesario me pareció este cambio, pues dudaba si pudiéramos mantener por más tiempo la custodia de los presos, después que ya en dos ocasiones habían intentado sublevarse y que sólo merced a nuestra esmerada vigilancia logramos evitar. Entre ellos, los más desesperados eran los que temían caer en manos de la justicia, o que se sentían tentados de apoderarse del tesoro, que estaba, puede decirse, a su alcance. Me imagino que nada contribuyó más a

refrenarlos que la falta absoluta de miedo con que andaba entre ellos y la aparente confianza con que daba mis órdenes—encaminando a los presos para que saliesen de la bodega sobre cubierta, que fueran al pasillo en busca de su rancho, hacer la limpieza, y otras cosas por el estilo—como si me hallara perfectamente seguro de que mis órdenes se cumplirían.

Durante los últimos días de nuestra travesía me había sentido alarmado al notar que entre los soldados de guardia y los presos que salían sobre cubierta para dar su acostumbrado paseo se cambiaban palabras de inteligencia. Era evidente que se tramaba otra revuelta. Comunicqué mis sospechas a los amigos y redoblamos nuestra vigilancia.

El 13 de Febrero en la tarde, como el cambio de rumbo hiciera presumir a algunos de ellos que nos hallábamos cerca de puerto, una partida más considerable que las ordinarias se presentó sobre cubierta, armados de cuantas armas pudieron juntar en la bodega, algunos cuchillos y otros instrumentos ofensivos pertenecientes a los

rebeldes y que nunca les pudimos hallar, por haberlos escondido.

Mi tripulación estaba en su puesto, armada, y el capitán Avalos ordenó a sus hombres cargar sus fusiles en presencia de los presos. A eso de las diez, tres de nuestros hombres abandonaron sus puestos de propósito y se fueron a juntar con los presos. Nos retiramos a la cámara, donde permanecemos con los fusiles y pistolas cargados, en mano, las espadas desnudas, con repuesto de pistolas cargadas sobre la mesa a nuestro alcance. Debajo de la mesa estaba la caja clavada en que se guardaba el tesoro.

Como unos diez y ocho revoltosos se adelantaron hasta la entrada de la cámara, pero al ver la fuerte posición que ocupábamos y lo formidable de nuestras armas, pasaron irresolutos. Entre ellos se contaban los tres que habían desertado de nuestro bando. Llamé a uno de ellos por su nombre, abriendo la puerta de mi camarote y pidiéndole que entrara. Se adelantó muy agitado, y se llegó adonde yo estaba. Su agitación me indicó que tenía poco que temer de él; y unas cuantas palabras de

sorpreza por su conducta y la promesa de olvidarla, lo trajeron de nuevo a nuestro lado. Al salir de la puerta del camarote y unirse a nuestra partida, los revoltosos se desalentaron, evidentemente acobardados, y uno a uno se fueron metiendo otra vez al sitio que tenían abajo. A eso de las once, todo estaba tranquilo otra vez y pudimos respirar libremente.

No tengo motivo para creer que Cambiaso, García o algún otro de los oficiales tuvieran participación en este intento de revuelta; fué tramado enteramente entre ellos mismos, instigados a no dudarlo, por el deseo de apoderarse del dinero.

Esa noche fué para nosotros angustiosa. Nos hallábamos cerca del puerto y nuestra proximidad a tierra era conocida de la tripulación y probablemente de muchos de los presos; a cada instante podíamos vernos asaltados por otra revuelta mucho más seria que la última, como que los cabecillas entre los presos estaban persuadidos de que la última oportunidad de escapar que tenían se les iba de entre las manos; pero todo permanecía tranquilo, y amaneció la ma-

ñana del 14 de Febrero de 1852 para mostrarnos el puerto de San Carlos casi a nuestro alcance.

Antes de obscurecerse entrábamos a la bahía, llevando enarbolada la bandera americana izada en el pico de mesana.

CAPITULO IX

Llega a San Carlos la noticia de la revuelta.—El Ministro norteamericano envía auxilio.—El Gobierno de Chile despacha tropa para el Estrecho.—El *Virago*.—Temores de los habitantes de San Carlos.—Entrego la *Florida* a las autoridades chilenas.—Llegada de la *Elisa Cornish*.—El *Virago* toma posesión de los presos y del tesoro.—Pasaje a Valparaíso.—Protesta y demanda de salvamento.—Mr. Duer.—Don Antonio Varas.—Injusticia de que soy víctima de parte del Gobierno de Chile.—El almirante británico reclama el tesoro.—Protesto de nuevo.—Compromiso.—Don Antonio niega todo reclamo.—Mis reclamaciones puestas en mano de las autoridades de Estados Unidos.

EN los primeros días de Enero, cerca de un mes antes de nuestro arribo, la noticia de la insurrección ocurrida en el Estrecho había esparcido cierta alarma en San Carlos y otros puertos del sur en el Pacífico. La primera nueva la dieron dos de los soldados que huyeron de la colonia en compañía del Gobernador y que no fueron apresados por Cambiaso. Habían presenciado la captura

de la *Florida* y de la *Elisa Cornish* desde su escondite entre las malezas que circundaban el campamento; habían vagado en las vecindades el tiempo suficiente para ver el embarco de los colonos y el abandono de la plaza; en seguida, después de increíbles penurias, se habían abierto camino hasta la costa del Pacífico, en donde fueron recogidos por un buque que pasaba y conducidos a San Carlos. Sus informes eran que Cambiaso se había hecho pirata y se encaminaba a San Carlos para apoderarse del pueblo ²².

El informe que dieron fué trasmitido a Valparaíso, junto con la descripción de los buques, diciéndose que ambos eran de Estados Unidos. Habían sido enviados refuerzos a San Carlos, y un comunicado oficial del Comandante General de Marina en Valparaíso, al Cónsul americano allí residente, y por su intermedio al coronel Balie Peyton, ministro norteamericano en Santiago. El coronel Peyton despachó inmediatamente

22. Esos soldados eran, en realidad, tres, Villar, Narváez y Torres, que fueron recogidos por el vapor *Lima*, que fondeó en Valparaíso el 11 de Enero, a las dos de la tarde.

órdenes al Callao para que la fragata *Raritan*, de los Estados Unidos, saliese en busca de ambas naves; a la vez que se pidió al Almirante inglés en Valparaíso que despachase al *Virago* en dirección nuevamente al Estrecho y dispensase a los colonos y naves los auxilios que necesitasen. Algunos buques franceses y suecos, que se hallaban entonces en el puerto, salieron también a buscarlos.

El Gobierno de Chile, por su parte, despachó dos naves de guerra y alguna tropa a las órdenes de don Santiago Jorge Bynon. La tropa se embarcó en las naves de guerra, y Bynon en el *Virago*, que iba con el mismo objeto. El vapor inglés se dirigió en el acto al Estrecho, y era de esperar que sus oficiales tomaran alguna lección de la experiencia y se manifestaran un poco más acuciosos de lo que se habían portado un mes antes, en su precedente visita a la colonia.

La noticia de haber llegado la *Florida* a la entrada del puerto, llenó de consternación a los habitantes de San Carlos, que no bastaban a disipar ni el ver enarbolado el

pabellón norteamericano, ni las señales de auxilio que yo hacía. Estábamos como a cinco o seis millas distantes de la ciudad, con el viento por la proa, que soplabá de tierra, y la marea en contra nuestra.

A eso de la puesta del sol se acercó a nosotros un bote, tripulado por seis hombres, manteniéndose sobre los remos al alcance de la voz. Alguien de ellos nos dirigió la palabra en inglés, preguntándonos que de dónde veníamos. A bordo del bote se hallaba el capitán del puerto, que se había adelantado a reconocernos, y al ver tanta gente a bordo tuvo miedo de acercarse más. Contestéle desde la *Florida* que había arribado en demanda de socorro, que tenía a Cambiaso preso a bordo, y que me hallaba ansioso de bajar a tierra al punto para ver al Intendente y hacerle entrega de mi nave, pues me era ya imposible protegerla por más tiempo. Esto le hizo desechá el miedo y atracó al costado del buque. Todo lo había dispuesto para dejar la *Florida* en salvo, persuadido de que los presos no se atreverían a efectuar otra intentona dentro de la bahía, bajo la ame-

naza de los cañones de los buques chilenos que los cercaban. El capitán del puerto dejó un piloto a bordo y se llevó consigo en el bote a Mr. Dunn, al capitán Avalos y a mí. Llegamos al muelle a eso de las nueve.

Nos fuimos inmediatamente a la Intendencia, casi de carrera, en compañía del capitán del puerto, que iba gritando: «Cambiaso ha sido tomado; está aquí; se halla preso». Cuando llegamos a la casa del Intendente nos rodeaba infinidad de gente de la ciudad, que no cesaba de hacernos preguntas, dando rienda suelta a su regocijo. Nuestro arribo había suscitado tan gran alarma, que las tropas se pusieron sobre las armas. Referíle al Intendente lo que me había ocurrido, representándole la mísera condición en que mis tripulantes se hallaban y la necesidad consiguiente de socorrerlos inmediatamente. Envió desde luego a llamar al comandante de las tropas y al capitán del buque de guerra chileno *Infatigable*, que se hallaba al ancla en la bahía. Se convino en que la tropa y el *Infatigable* tomaran inmediatamente posesión de la *Florida*; y a eso de media noche,

un piquete de veinticinco soldados al mando de un oficial se puso a bordo para custodia de los presos, a la vez que el *Infatigable* se situaba al costado del buque.

Al salir de casa del Intendente, Mr. Dunn fué muy felicitado por sus buenos amigos, regocijándose todos de volver de nuevo a verle y deseosos de oír de sus labios nuestra historia y de hacer partícipes de su hospitalidad a todos nosotros. En verdad que durante los pocos días que permanecí en San Carlos recibí de sus habitantes las mayores y mejores muestras de hospitalidad. Todas las casas se abrían para mí y mis amigos; nuestra falta de vestidos más indispensables y de nuestro uso personal se nos suministraron; y todo contribuyó a hacerme mirar el tiempo que entre ellos pasamos con el más grato recuerdo.

Allí experimenté el extraño resultado de la gran ansiedad y excitación que había sufrido. En lugar de rendirme a la fatiga y de gozar del descanso de que harto necesitaba y que tanto tiempo había esperado, mi estado de nerviosidad continuaba. Apenas si buscaba descanso, y el sueño parecía

haberse del todo alejado de mí. Durante las tres primeras noches que siguieron a mi abandono del buque no pude cerrar los ojos.

Mi propósito antes de llegar a San Carlos fué dar cuenta inmediatamente al Cónsul norteamericano o a quien estuviera investido de alguna autoridad por parte del Gobierno de Estados Unidos que hallara allí, y seguir sus consejos respecto a los pasos que tuviera que dar para hacer entrega de los presos, del dinero y del buque al Gobierno de Chile; pero el capitán del puerto me informó que no había en el pueblo cónsul norteamericano. Pregunté entonces si no estaba en la bahía algún buque de guerra de los Estados Unidos, con el propósito de solicitar su asistencia. No había ninguno, y mi próxima diligencia fué salir en busca del Intendente del puerto. En la conversación que mantuve con él le expresé que mi deseo era entregar absolutamente todo a las autoridades chilenas tan pronto como pudiera efectuarlo. Me contestó que no había nadie en San Carlos que estuviera autorizado para tomar pose-

sión del buque en nombre del Gobierno, y que para hallar alguna que lo pudiera efectuar debía trasladarme a Valparaíso. Intentar semejante cosa sin ayuda ajena, me pareció que era arriesgar la vida de mis tripulantes y pasajeros; y así, hube de aceptar el ofrecimiento del Intendente de hacerse cargo de los presos y del dinero de la *Florida* y enviar todo a Valparaíso en alguno de los dos buques de guerra chilenos que se hallaban en el puerto, bien entendido que, a mi arribo allí, haría entrega de todo al Gobierno.

En la mañana siguiente, mientras se hacían los preparativos necesarios para trasbordar a Cambiaso y García, junto con el dinero, al *Infatigable*, se anunció que entraban al puerto el *Virago* y el *Meteoro*.

El vapor inglés había andado afortunado en la busca de la *Elisa Cornish*, y por el momento parecía inclinado a cumplir al pie de la letra las órdenes que se le habían impartido de *apoderarse de la «Florida» dondequiera que la hallase*; porque en el acto de entrar a la bahía, el capitán Stewart, con dos botes armados, se llegó al costado de

mi buque; y como no me hallase a su bordo, dejó los botes en esa situación y se vino a tierra a casa del Intendente.

Allí lo hallé, y me dijo que tenía orden de tomar mi buque dondequiera que lo hallase. Le contesté que no lo podía hacer, por cuanto estaba en mi poder; a lo que con un dejo de grandísima insolencia, según lo juzgué, insistió en el derecho que le asistía para ello y en las órdenes que tenía.

Respondíle categóricamente que el buque, el dinero y los presos sólo podía entregarlos a las autoridades chilenas; que, si los tomaba, debía ser en virtud de órdenes de esas autoridades; y que protestaría, tanto aquí como en Valparaíso, de la toma de la *Florida*. Tal fué lo único que pude hacer; porque no hallé voluntad de parte del Intendente, ni de ninguno de sus subordinados en San Carlos para apoyarme en mi protesta. Todos parecían estar de parte del capitán Stewart; o, mejor dicho, del León Británico, cuya representación él tenía. El capitán Stewart se separó de mí un momento, y regresó luego a casa del Intendente, trayendo consigo al Comodoro Bynon,

que se había hecho a la vela en compañía suya para buscarnos, habiendo sido nombrado por el Gobierno de Chile comandante en jefe de la expedición despachada al Estrecho para rescatarnos. Le repetí a él cuanto le había dicho al capitán Stewart. Me escuchó con atención y comedimiento, asegurándome que quedaría satisfecho y todas mis justas peticiones serían atendidas.

Después de breve consulta, se decidió por las autoridades de San Carlos, el comandante Bynon y el capitán Stewart que los revoltosos y el dinero debían ser trasbordados al *Virago*, que se enviaría auxilio a la *Florida* para custodiar los presos que en ella quedaran y llevar el buque a Valparaíso.

Poco logré saber respecto a la captura de la *Elisa Cornish* y del rescate de los colonos abandonados en la bahía de Wood, pues apenas si pude cambiar sobre ello algunas palabras con mi antiguo compañero de prisión, el piloto inglés. Contóme que en la mañana que se siguió después que Cambiaso los hizo ir a tierra, en bahía Wood, y prohibídoles que siguieran a la

Florida, los cuarenta colonos dejados en tierra le pidieron que los llevase a bordo; pero como ya tenía en su buque cerca de doscientas personas, amontonadas, puede decirse, cobró miedo de hacerlo, y de hecho tampoco se lo permitieron los de a bordo. Hubo, pues, de abandonarlos, y haciéndose a la vela, enderezó la proa al poniente. Después de andar como dos días en esa dirección, se topó con el vapor inglés, que inmediatamente despachó dos botes armados a la *Elisa Cornish*, y se apoderó de ella como presa. Un marinero del *Virago* me refirió que al punto que los botes se pusieron al costado del bergantín, el piloto y los individuos de la tripulación saltaron a ellos: ¡tan felices se hallaron al lograr la oportunidad de escapar!

Los cabecillas rebeldes fueron sacados con grillos de la *Elisa Cornish* y trasbordados al *Virago*, y a bordo de aquélla se envió, a cargo de un maestro, tripulación de refresco, y se la fondeó en el Estrecho. El *Virago* prosiguió en seguida hacia el Este, tomó a su bordo a los colonos dejados en la bahía de Wood, y después se dirigió a Punta

Arenas en busca de nosotros; y no hallándonos, volvió para atrás, tomó a remolque a la *Elisa Cornish*, y la llevó así hasta distancia de unas trescientas millas afuera del Estrecho, dejándola después que continuara a la vela, en conserva con el *Virago*, hasta Valparaíso. En el curso de su viaje anduvieron buscándonos continuamente, explorando todas las bahías, persuadidos como se hallaban de que Cambiaso había de atacar a alguno de los puertos del Pacífico.

El martes 17, nos hallábamos listos para hacernos al mar; debiendo decir en justicia del capitán Stewart que durante los dos días que duraron los preparativos me prestó toda clase de auxilios. Cuatro marineros, un contramaestre y un oficial fueron trasbordados del *Virago* a la *Florida* para ayudar a mi tripulación exhausta; y como ambas naves estuvieron listas para hacerse a la vela a un mismo tiempo, el capitán Stewart llevó la mía a remolque cuarenta millas afuera del puerto. En la tarde del 17, con la salida de una fresca brisa, nos separamos, habiéndola tenido durante el

resto de la navegación, juntamente con hermoso tiempo. El vapor debía tocar en Valparaíso y en otros puertos de la costa, a cuya causa lo pasé adelante, y el domingo, 22, me hallaba a la vista del cerro de Caruma, [sic] inmediatamente al sur de Valparaíso. Aquí experimentamos ligeros vientos contrarios, que nos obligaron a ponernos en resguardo hasta la mañana siguiente. A eso de las ocho de la mañana del lunes, se divisó al vapor que venía costeando del sur y dando remolque a la *Elisa Cornish*.

Bajé entonces todas las velas, enarbolé la bandera americana, y disparé mis dos cañones de a cuatro para llamar la atención del vapor. Luego enderezó la proa hacia nosotros, nos tomó también a remolque y a eso de las dos de la tarde del 23 de Febrero largábamos el ancla en la bahía de Valparaíso.

Luego de llegar, me fuí en busca del cónsul de Estados Unidos, Mr. William Duer, y por su conducto comuniqué al Intendente de Valparaíso, comandante Roberto Simpson, el abandono que hacía de la *Florida*. En contestación me avisó el comandante

Simpson que no tenía facultad para aceptar el buque, pero que el asunto lo había comunicado al Gobierno en Santiago.

Los presos fueron desembarcados del *Virago*, y los cabecillas entregados a la justicia; pero el dinero fué trasbordado a la *Elisa Cornish*, que supe había sido reclamado por el Almirante inglés como cedido a su favor por el Gobierno de Chile, y que desde luego debía ser enviado a Inglaterra, sin bajarlo a tierra en Valparaíso.

Al saber esto, hice inmediatamente una protesta ante el cónsul americano Mr. Duer, contra la ocupación de la *Florida* y reclamando el salvamento del dinero rescatado por mí de manos de los piratas. El 28 recibió Mr. Duer una nota del comandante Simpson, por encargo de don Antonio Varas, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, en que significaba el deseo de conocer en detalle las razones en que basaba el abandono de mi buque, a intento de resolver si el Gobierno daría orden de tomar posesión de la nave en nombre del Estado. Supliqué entonces a Mr. Duer que hiciese practicar una inspección de la nave para establecer

el estado en que se hallaba y el costo aproximado que tendría el ponerla en estado de navegar.

Los capitanes Phineas Leach y Joseph Carries, en unión de Mr. George K. Stevenson, maestro carpintero de ribera, fueron comisionados por Mr. Duer para que verificasen la inspección e informasen al consulado. Dijeron, después de un minucioso examen, que el costo que tendría poner el buque en condición de navegar sería de más de cuatro mil pesos. Este informe, con mi protesta hecha ante el cónsul en que daba cuenta de la toma del buque; el bárbaro asesinato de Mr. Shaw, mi prisión, la retención forzada de una propiedad nuestra, la segunda captura del buque, su llegada a San Carlos, la entrega que de él hice a las autoridades de ese puerto, la translación de los presos y del tesoro al «Virago»; nuestro viaje a Valparaíso, etc., etc. y el reclamo que interponía sobre el salvamento del tesoro y la devolución de objetos de mi propiedad, de los pasajeros y tripulantes, lo escribí a don Antonio Varas a Santiago.

Mientras esperaba alguna respuesta del Gobierno a mi nota, me hallé con que la *Elisa Cornish*, con el dinero a bordo, se alistaba para hacerse al mar, bajo las órdenes del Almirante inglés, sin que las autoridades chilenas diesen paso alguno para cobrar el dinero. En vista de esto, instauré demanda para impedir la salida del buque, en orden a obtener de los jueces de Chile la declaración del salvamento que tan debidamente me correspondía, por haber recobrado ese dinero. Pero aunque hubo sobrado tiempo para tramitar mi gestión y evitar que el dinero fuese sacado, y de mi parte hice cuanto me fué posible a ese intento, la *Elisa Cornish* recibió autorización de partir para Inglaterra.

Causa fué esto del gran descuido o de la falta de voluntad de los empleados judiciales encargados del proceso; y por lo que a mí respecta, creo firmemente que ese descuido fué intencional, y que tuvo su origen en el deseo del Gobierno de Chile de no suscitar cuestión alguna al Almirante británico. Más aún: tengo sobrada razón para juzgar que muchos de los objetos de mi

propiedad, de la de mis pasajeros y de mis tripulantes fueron también en la *Elisa Cornish*; por cuanto los presos guardaban en su poder al tiempo que llegamos a San Carlos nuestros aparejos, armas y cosas de este jaez, todas las cuales fueron trasbordadas al *Virago* junto con los mismos presos, las que, según se me aseguró en San Carlos, debían serme devueltas a la llegada a Valparaíso, pero que nunca divisé después. En cuanto a los objetos de mi uso personal, jamás se me entregó otra cosa que una pistola.

En este tiempo fué cuando procuré recobrar el anillo que había sido arrancado del dedo de Mr. Shaw al tiempo de su muerte, ofreciendo una gratificación a quien me lo entregase. Se me dijo que lo habían visto en la mano de una de las mujeres llevadas a San Carlos en la *Elisa Cornish*.

No hallando voluntad de parte del Gobierno para atender las reclamaciones que le hice por escrito, me marché a Santiago en la mañana del 14 de Marzo, acompañado de Mr. Duer, a efecto de tener una entrevista con nuestro ministro coronel Peyton, y con don Antonio Varas.

Por consejos del coronel Peyton y de Mr. Duer, escribí a don Antonio Varas una carta, datada el 19 de Marzo, haciéndole en ella una relación sumaria de los perjuicios que se me habían ocasionado, sometiéndole mis reclamaciones junto con mi protesta y apelando al honor del Gobierno para manifestarle que no se me podía seguir perjuicio de la traslación del dinero, desde que se había originado del descuido y negligencia de sus propios empleados. Le signifiqué también, que si no lo recobraba, el Gobierno de Chile se vería obligado a abonarlo a los navieros; y que, con gran riesgo de mi vida, había prestado a la nación un servicio que los países bien organizados no permitirían quedar sin recompensa.

En respuesta a esto, don Antonio Varas me concedió una audiencia, para el día siguiente, a la que debía asistir también Mr. Duer. Fuimos a la hora señalada, y hallamos en el Ministro falta de voluntad para otorgar indemnización alguna por los perjuicios que yo había experimentado, tanto en mi persona como en mi propiedad, durante el tiempo que la *Florida* estuvo en

poder de los sublevados, o el salvamento del dinero; si bien reconoció la obligación en que el Gobierno se hallaba de pagar el tiempo que el buque había estado a su servicio. Con todo, difirió la resolución del negocio hasta el lunes 22, para cuyo día nos citó nuevamente. Mr. Duer y yo estuvimos en su despacho en el día y hora señalados, pero fuimos citados otra vez para el día siguiente. El miércoles tuvimos nueva entrevista con don Antonio Varas, menos satisfactoria aún, si es posible, que la primera, porque no nos dió la menor esperanza de atendernos.

Desesperando de obtener justicia, me regresé a Valparaíso, y el 27 de Marzo publiqué aviso solicitando un préstamo, con hipoteca de la nave, a fin de reparar la *Florida* y dejarla en estado de navegar. Me fué forzado tomar esta medida, ya que carecía en absoluto de los medios de pagar mi tripulación, y mucho menos para reparar el buque. El aviso del préstamo se publicó en el diario *El Mercurio* de Valparaíso hasta el 3 de Abril, y en vista de no haber recibido oferta alguna,

me vi obligado a poner el buque en venta, por anuncio del 7 de ese mes. Al día siguiente, 8, Mr. Duer dirigió nueva comunicación al Ministro don Antonio Varas, proponiéndole un compromiso. Esto se hizo con el objeto de evitar la venta de la nave, y en la esperanza de que un llamado a los sentimientos de honor del Gobierno pudiera tener efecto. Mr. Duer protestaba desde luego que, al hacer ese ofrecimiento, no admitía de modo alguno, para él ni para mí, que mis reclamaciones no fueran en todo sentido justas y bien fundadas, y añadía que el precio pagado por el alquiler del barco al llevar los presos a Magallanes había sido mucho menor del que hubiera podido exigirse a no haber sido la *Florida* fletada para Estados Unidos, vía Río Janeiro, pudiendo así hacer escala en Magallanes con relativa poca pérdida de tiempo y menor gasto. Con todo, ofrecía aceptar por el arriendo de la nave, desde el momento de su arribo a Magallanes hasta su llegada nuevamente a Valparaíso, una suma igual por día a la que recibió según contrato por su viaje de Valparaíso a Magallanes, con más el diez

por ciento. No se hacía cuestión ni de mi reclamación por el salvamento, ni lo que pudiera debérseme por mis servicios. La pérdidas personales de Mr. Buela, el piloto y tripulación fueron fijadas por Mr. Duer y estimadas en una suma que juzgaba corta y razonable.

Fuí inducido a proponer este compromiso en mi deseo de hacer cuanto estuviera de mi parte en favor de mis navieros y por el conocimiento del gran sacrificio que significaría para ellos la venta forzada de la nave; y asimismo por serme absolutamente imposible detenerme más o incurrir en nuevos gastos, destituído, como me hallaba, aún de lo necesario para vivir y teniendo a mi cargo la tripulación.

Esta carta llevaba fecha 8 de Abril, pero no tuvo respuesta hasta el 24. En ese intermedio, los señores F. A. Richardson y Co. ofrecieron dos mil ochocientos pesos por el buque. El aviso rezaba que éste se vendía por cuenta y riesgo de a quien perteneciera, y siendo esa la oferta más alta que se recibió, fué aceptada.

El 24, Mr. Duer recibió carta de don

Antonio Varas en la que negaba todo derecho a reclamar servicios prestados o pérdidas sufridas a consecuencia de actos de los colonos sublevados, y proponía que para resolver lo relativo al tiempo que el buque hubiera sido empleado en servicio del Gobierno, se nombrase un árbitro.

Desestimaba en absoluto el cálculo formado por Mr. Duer en su carta respecto al monto de la suma que se reclamaba por la *Florida*; rechazaba el aserto de Mr. Duer de que la nave hubiera estado al servicio del Gobierno de Chile, no sólo en cuanto al tiempo que navegó a las órdenes de las autoridades chilenas, sino también durante el período en que estuvo en poder de los sublevados; y en cuanto a las pérdidas personales del capitán, marineros y pasajeros que se incluían en la reclamación, debían considerarse como consecuencia de actos de los rebeldes, de los cuales no era responsable el Gobierno.

Junto con dar excusas por la tardanza en contestar la carta, motivada que había sido por su ausencia de la capital durante algunos días y por otras premiosas tareas, con-

cluía por suscribirse: «su obediente servidor, Antonio Varas».

Después del recibo de esta carta, Mr. Duer hizo juntamente conmigo una protesta ante el Cónsul respecto de los agravios y daños que yo había recibido del Gobierno de Chile, y el negocio se puso en conocimiento de las autoridades del nuestro, donde actualmente se halla.

CAPITULO X

Proceso de Cambiaso.—Su ejecución.—Su carácter.—García.
 —Mi entrevista con él.—El oficial salvado por García.—
 Gratitude de su mujer.—Bondad de Mr. Duer.—Mr.
 Dunn.—El capitán Aválos.—Conclusión.

DURANTE el tiempo que estuve ocupado en procurar obtener del Gobierno de Chile el reconocimiento de mis reclamaciones, se había sustanciado en Valparaíso el proceso de Cambiaso, García y demás cabecillas de los revoltosos.

El juicio de Cambiaso no fué público, ni se me llamó a declarar en él; en consecuencia, bien poco es lo que sé a su respecto. Me hallé presente a su ejecución, por más doloroso que el espectáculo me resultara, por el extraño deseo de ser testigo del fin de un hombre que tantos sufrimientos me había ocasionado y de saber cómo se condujera en el trance de su muerte. Cambiaso fué sacado de la cárcel fuertemente aherrojado,

y así poco podía apreciarse el estado de su ánimo por su aspecto; si bien puede asegurarse que no se mostró verdaderamente cobarde.

Algunas veces he pensado, reflexionando en las relaciones que tuve con él y en vista de los rasgos de carácter que manifestó, que era por naturaleza inteligente, los que, con un cultivo diverso y en otras circunstancias, le habrían abierto una carrera brillante. Sin embargo, se hallaba dotado de tal vanidad, que era continuamente para él fuente de tentación más poderosa que los principios de honradez que fueran capaces de contrarrestarla. Muchas de sus crueldades me parecieron efecto de una especie de fanfarronería y del deseo de impresionar a sus secuaces de su poderío y coraje. Deduzco esta conclusión del hecho de que sus palabras resultaban siempre más crueles que sus actos, y eso, que tales amenazas parecían no proceder de influencia del apasionamiento, sino que, por el contrario, las profería de modo grandilocuente, que en ocasiones me tentaban de la risa, si los temas no hubieran sido generalmente lo bastante serios para bromas.

Su vanidad personal era, asimismo, muy grande, y en verdad que alguna excusa tenía para ella, porque ciertamente era un muy hermoso hombre. Su traje resultaba sumamente ostentoso, — algunas veces azul, con franjas doradas, y algunas veces verde, — siempre con dos charreteras, e iba continuamente armado. Lo he tachado de un tanto cobarde, pero quizás en esto soy injusto. Es posible que lo que a mí me parecía cobardía, significase sólo la manifestación de cierta sensibilidad, y que el esquivar su vista cuando hablaba fuese provocada por la conciencia de su culpa; su castigo debe haber comenzado con sus remordimientos. Hubo, en verdad, dos o tres ligeras indicaciones de esto en el curso de nuestro trato; por ejemplo, continuamente estaba ofreciéndome reparaciones por el daño que me había causado, «cuando llegásemos a puerto» o «cuando el General Cruz suba al poder»; y después de cada nuevo crimen, parecía tratar de endurecer su conciencia entregándose a borracheras con su gente, o a alguna no acostumbrada ostentación. No debo olvidar que mi situación respecto de

él me hace imposible juzgarlo con imparcialidad; ¡y cuán difícil es en cualquiera circunstancia apreciar los impulsos ajenos, o lo que pudiera alegarse en su excusa!

Cambiaso estaba casado con una mujer que residía cerca de San Carlos, que no era de buen carácter, según se me aseguró, y de la que estaba separado. Me lisonjeo con que no tuviera hijos que llegaran a heredar la desgracia vinculada a su nombre²³.

El tribunal no aceptó la excusa que daba García de haber seguido el partido de Cambiaso por temor de que lo matara,—y en vista de varios actos de humanidad que podían abonarse a su cuenta, y de que dieron testimonio los propios rebeldes,—se reservó juzgarlo en otra instancia.

23. Pudo, en verdad, descansar tranquilo por esta parte el capitán Brown: Cambiaso no dejó hijos. En cuanto a su casamiento, es de saber que hallándose de guarnición en Ancud, cayó enfermo y fué atendido por una mujer de malos antecedentes, apodada «la Bolsico», a quien le ofreció su nombre, sin que bastaran a hacerle desistir de tal propósito las reiteradas observaciones de sus superiores. Tenía entonces 22 años de edad y el grado de sargento. Bien pronto, aquel enamoramiento se convirtió en odio, a tal punto, que se le achacó haberla dado veneno y fué por ello procesado.

Después de su primer proceso, fuí a verle, hallándole acompañado de una hermana suya. Desde luego se conocía que era una señora, y aún supe que pertenecía a una de las familias más respetables de Valparaíso. Me recibió muy políticamente, aún con bondad, diré, y me felicitó por mi escapada; dándome al mismo tiempo las gracias por las atenciones que pude prestarle durante su prisión en la *Florida*.²⁴

Hallándome en Valparaíso, vi en su cárcel al oficial a quien Cambiaso perdonó la vida por la intervención de García. Su causa debía verse segunda vez, y como su mujer le visitaba a diario, me pidió que lo fuese de nuevo a ver, diciéndome que deseaba darme las gracias por la simpatía que le mostré la noche en que fué conde-

24. Don Nicanor García comenzó a servir como empleado a mérito en la Tesorería general, de donde pasó como oficial de pluma a la Intendencia de Chiloé, y de allí, en calidad de ayudante, a la gobernación a Punta Arenas, captándose desde el primer momento la confianza y el aprecio de su jefe Muñoz Gamero. Hombre de pluma y de negocios, después de su absolución por el Consejo de Guerra, entró a servir de tenedor de libros en la Casa de Besa y Salinas en Valparaíso, y murió en 1877, cuando sólo contaba cincuenta años, en el destino de interventor en la oficina de correos de aquel puerto.

nado por Cambiaso²⁵. Estas manifestaciones de gratitud por ligeros favores, me hicieron comprender que los hombres nunca son tan perversos que no abriguen también algunos buenos sentimientos, cuando la ocasión se les presenta; y el refrán que alguna vez había oído de que «la diferencia entre el mejor y el más malo de los hombres en este mundo no es tan grande a los ojos de Dios como lo es a los nuestros», era, quizás, verdadero.

En este relato he procurado expresarme con entera imparcialidad de todos aquellos a quienes he debido mencionar, y en las veces en que he tenido que recordar daños que se me hayan hecho, he procurado dar una narración descarnada y sincera de los hechos, sin dejarme llevar de impulsos innecesarios para referirlos.

En lo que respecta a la cuestión del salvamento, no puedo menos de declarar que

25. Se recordará que el oficial a que se alude era el sargento Cabello. A pesar de la conducta que Cambiaso usó con él, parece que le permaneció fiel, pues fué uno de los que al tiempo de su apresamiento a bordo corrió esa misma suerte.

se cometió conmigo una injusticia, tanto por el Gobierno de Chile, como por los agentes ingleses en Valparaíso; pero he procurado contar el caso como ocurrió, entregando su juicio a mis compatriotas.²⁶

Aprovecho gustoso esta ocasión para tributar aquí mis agradecimientos a Mr. Duer, no sólo por el concurso que me prestó en lo referente a su cargo, sino también por su bondad y simpatía hacia mí; por el verdadero interés que tomó en mis asuntos, y por la actividad que mostró en la gestión de mis reclamaciones.

Algunos hay a quienes la lectura de este relato ha de causar profundo sentimiento, porque ha de traerles a la memoria de manera muy viva la triste suerte que cupo a un deudo querido. Me refiero a los amigos de Mr. Shaw. A ellos sólo puedo ofrecerles mi más profunda simpatía, y la seguridad

26. Aquí era el momento en que el capitán Brown debió recordar que no impunemente puede un extranjero ponerse al servicio de un partido cualquiera en las disensiones intestinas de un país que no es el suyo, y mucho más para realizar un acto, que él en su calidad de norteamericano, aseguraba especialmente detestar.

de que Mr. Shaw fué para mí no sólo un compañero, sino también un amigo altamente estimado, y que mi duelo por él ha sido duradero y profundo.

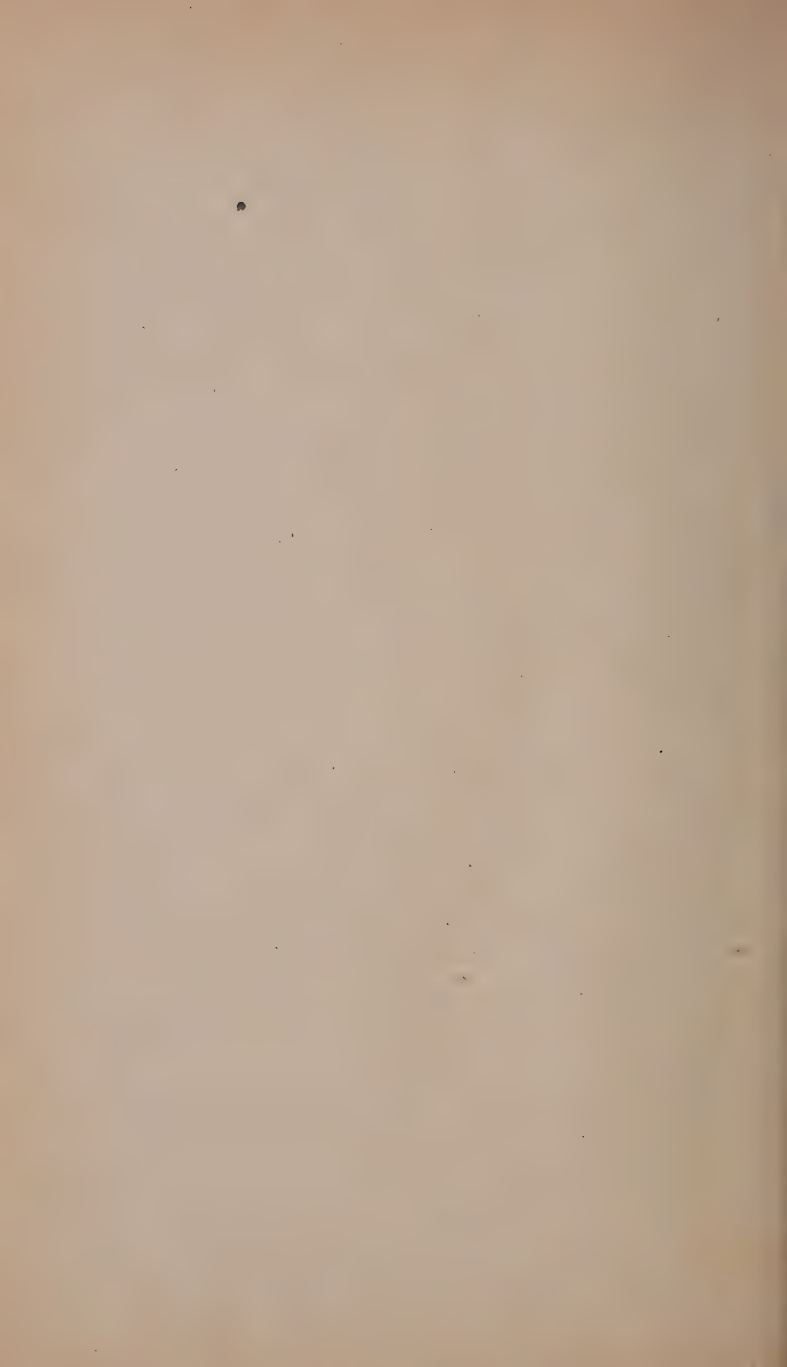
A Mr. Dunn y al capitán Avalos²⁷ les doy mis agradecimientos por haberme ayudado a sostener mi autoridad a bordo de la *Florida*, y por las bondades que me dispensaron después de nuestra llegada a Valparaíso.

Por fin, séame lícito tributar mis agradecimientos a la Providencia Divina, que me sacó a salvo de tantos y tan grandes peligros, y me devolvió a mi familia y amigos, cuando sobrados motivos tuve para temer que no los volvería a ver más.

He dado a la publicidad este relato creyendo que las aventuras y escapadas que corrí no carecerían de interés para mis

27. El capitán Avalos, cuya figura tanto relieve adquiere en la relación del marino norteamericano, se llamaba Pedro. Había hecho su aprendizaje en la Escuela Militar, y muy joven todavía, tenía el grado de capitán en el cuerpo que llamaríamos de artillería naval. Vivía aún en Valparaíso, en 1877, como teniente coronel retirado. Allá por los años de 1862 escribió para el historiador de Cambiaso unos breves apuntes del papel que le tocó desempeñar en los sucesos materia de este libro.

compatriotas; y que la sencillez y falta de pretensiones de la narración de un marino de sus mismas costas, puede enseñar a los que viven en tierra que algunas veces se sufre «cuando se va por allá en un buque por el mar».



ÍNDICE

	Págs.
Capítulo primero.....	9
Capítulo II.....	22
Capítulo III.....	40
Capítulo IV.....	57
Capítulo V.....	76
Capítulo VI.....	99
Capítulo VII.....	116
Capítulo VIII.....	136
Capítulo IX.....	154
Capítulo X.....	177





ESTADO 63





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00029693029